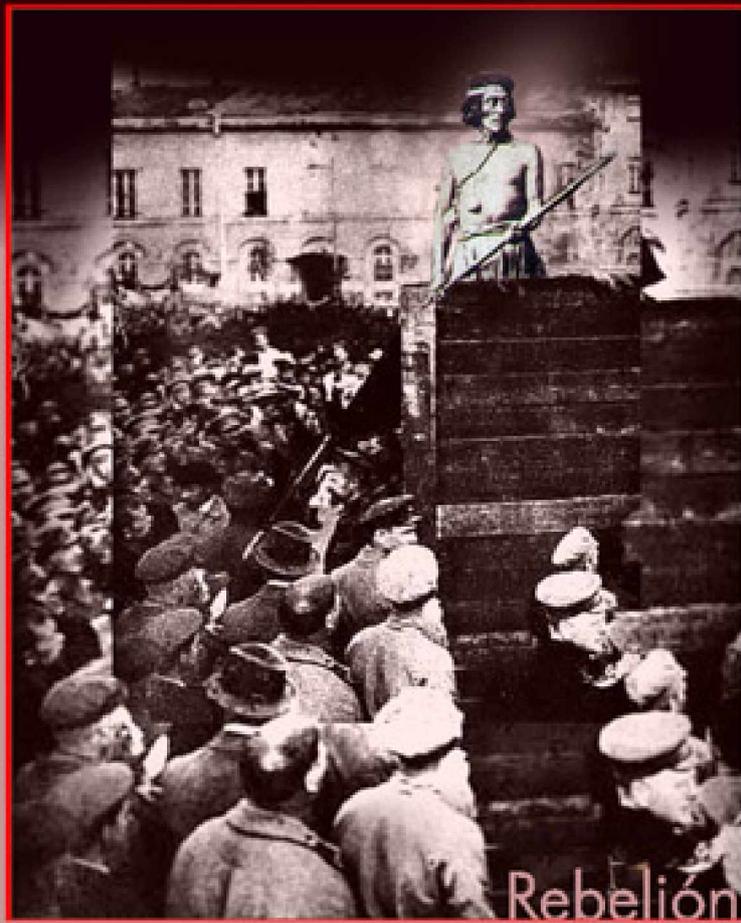


James Petras

LA LENGUA DEL PUEBLO

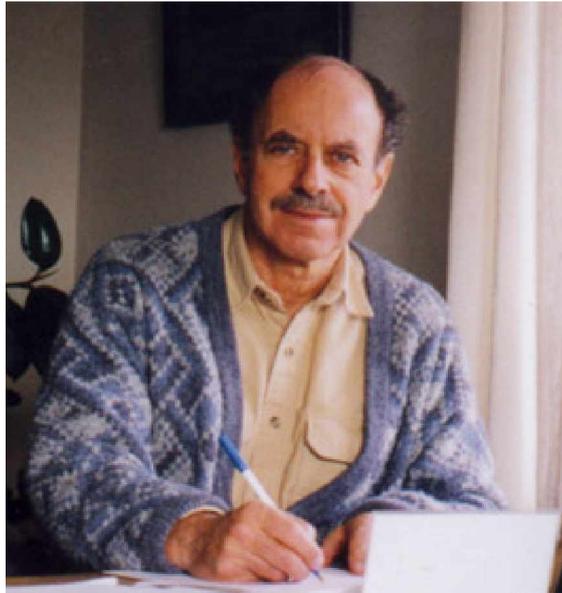


James Petras

LA LENGUA DEL PUEBLO
(Un viaje global en 16 cuentos de combate)

Traducción y prólogo de
Manuel Talens





El sociólogo estadounidense James Petras nació en Boston el 17 de enero de 1937, de padres griegos, originarios de la isla de Lesbos. Ha publicado sesenta y tres libros de economía política y, en el terreno de la ficción, dos colecciones de cuentos. Es asesor del brasileño MST y colabora con *Rebelión* desde 1996.



Copyright by James Petras, Manuel Talens, Jorge Capelán, Germán Leyens y Abbé Nozal

Este libro es de propiedad pública

Todos los cuentos traducidos del inglés por Manuel Talens, excepto: «El campanero», traducido por Jorge Capelán y corregido por Manuel Talens y «Un doctor meticuloso», traducido por Germán Leyens y corregido por Manuel Talens.

Portada: *La lengua del pueblo*, de Abbé Nozal (2004), transfotografía de una imagen de Vladimir Ilich Lenin durante su discurso en la Plaza Sverdlov de Moscú ante las tropas que partían hacia el frente polaco, hibridada con la figura del cacique indio Pincén.

Edición de Ana Torcal

Maquetación en PDF de Cristina Márquez

Editado por Rebelión (www.rebellion.org) el 1 de mayo de 2004,
Día Mundial del Trabajo.

Las cabezas pensantes están conectadas
al cuerpo del pueblo por hilos invisibles.

Karl Marx

Índice

PRÓLOGO: <i>El viaje de James Petras</i> , por Manuel Talens	8
A tiempo	14
La industria del Holocausto	20
Tiene que irse ya, Mr. Cadmouse	30
Que coman saltamontes	40
Una familia para siempre	47
Reunión en la cumbre.	50
El campanero	55
El Rey de Babilonia y el nacimiento del Salvador en Belén	60
Adiós al rey Hussein	66
Méndez Arceo, el obispo rojo de Cuernavaca	72
Neruda en Colombia	80
El Perú en los tiempos del cáncer	84
De las minas de estaño en Bolivia a las cafeterías de Cambridge	88
Un doctor meticuloso	93
Justicia popular	101
La lengua del pueblo	105

A los compañeros de lucha por el socialismo,
desde las tierras brasileñas de Pará, la sierra
de los Andes, las junglas de Colombia y los
ranchos de Caracas hasta los suburbios de
Argentina y Estambul.

A la heroica resistencia en Irak.

PRÓLOGO

El viaje de James Petras

Durante el otoño de 2003, James Petras me hizo llegar en un mensaje electrónico buena parte del material incluido en este libro. Por fin acababa de aceptar la sugerencia que yo le había hecho meses atrás de que reuniese en un solo volumen algunos cuentos dispersos que languidecían en las páginas virtuales de *Rebelión* más los que hubiese producido con posterioridad. Fue así, con aquel envío otoñal, como se inició la gestación de *La lengua del pueblo*.

Petras, la voz insobornable y ética de la izquierda estadounidense, no necesita presentación alguna. Sus opiniones anticapitalistas son de todos conocidas, pues circulan por la red de internet en lenguas diferentes y en docenas de sitios web, gracias a la legión de traductores activistas que lo admiran y al efecto multiplicador del ciberespacio. Sociólogo lúcido, viajero curioso y habilísimo deconstrutor de los mecanismos de dominación imperial, Petras utiliza en sus ensayos la metodología marxista con un lenguaje directo y sin medias tintas para sacar a relucir las contradicciones existentes entre la ficción de lo que «dicen» las elites en el poder y la realidad de lo que «hacen». El producto es un retrato descarnado de los males del mundo.

Consciente de que la etapa actual del capitalismo –la globalización neoliberal– no se detiene en fronteras y mueve sus peones de manera coordinada en las distintas

partes del mundo, el ensayista Petras suele desplegar las preocupaciones que lo embargan en un amplio frente dialéctico y, para ello, el ojo de su cámara indiscreta salta con suma facilidad de las selvas bolivianas o los suburbios de Buenos Aires a las calles de Nueva York, o bien de los campos de refugiados en Palestina a la miserable cotidianidad de los desheredados del sudeste asiático. Se trata de un auténtico internacionalista, que dispara sus flechas en todas las direcciones y analiza todos los contextos, pero cualquier lector atento descubre sin dificultad que la niña de sus ojos es América Latina, el patio de atrás de los Estados Unidos, subcontinente que él defiende a capa y espada, una y otra vez, frente a las mentiras del ALCA y los desmanes de la CIA, del Pentágono, de las compañías multinacionales o de los políticos títeres locales que se pliegan sin vergüenza a los dictámenes del amo del norte.

Con una frase que se ha convertido en lugar común para novelistas y críticos literarios, el francés Stendhal dijo que «la novela es un espejo que se pasea a lo largo de un camino», metáfora feliz con la que daba a entender que la ficción suele ser un reflejo de la realidad. Pues bien, los dieciséis cuentos de que consta *La lengua del pueblo* son asimismo, además de materia de ficción, un espejo que no abandona nunca el universo petrasiano, es decir, la terrible realidad del mundo que nos ha tocado vivir.

Los buenos libros de cuentos son algo más que la suma de historias dispersas, recopiladas en un solo bloque por motivos editoriales. Necesitan un hilo conductor que los sustente y les preste un sentido unitario. Ésa fue la primera tarea con que hube de enfrentarme cuando tuve en mis manos el material que James Petras había ido creando durante los últimos años, al azar de los días y en paralelo a sus frecuentes ensayos, sin que en un principio –sospecho

yo– se le pasara por la imaginación que terminaría formando parte del conjunto que el lector tiene ahora ante sus ojos.

Lo primero que hice fue leerlos de un tirón, sin más orden que el establecido por el atractivo de sus títulos. Confieso que, de entrada, la aparente dispersión del material me desconcertó. Me parecía difícil llegar a hilvanar entre sí la aventura angustiosa de un autobús por las calles de Nueva York con una reunión de mafiosos en Europa o con una velada poética en la selva colombiana. Y, de repente, se hizo la luz: los paisajes narrativos diferían, sí, pero el sustrato era el mismo, pues en todos James Petras denunciaba la avaricia, la crueldad, el ansia de poder y la contradicción absoluta entre el capitalismo y la necesaria igualdad del género humano, y lo hacía a través de un recorrido imaginario, que ahora me tocaba a mí organizar. El libro sería un *viaje*.

A partir de tal constatación, la tarea resultó fácil, pues sólo media docena de los cuentos me parecieron desechables, y no por razones de calidad, sino porque no encajaban en el espíritu del conjunto. Seleccioné los válidos e inicié la travesía. Petras vive en Nueva York, de manera que su propia ciudad es el punto de partida con «En marcha», la historia del neoyorquino Bill Osgood, a la vez descripción compasiva de un pobre diablo deseoso de conservar su empleo y sarcástica denuncia de la precariedad laboral imperante en los tiempos actuales.

La segunda etapa del viaje es «La industria del Holocausto», que en cierto modo sirve de complemento narrativo al desternillante «Banqueros y atracadores» de Israel Shamir, otro quintacolumnista de la pluma. Petras, al igual que el autor israelí, destruye aquí con un sarcasmo increíble los argumentos humanitarios del sionismo finan-

ciero y destapa los móviles económicos con que un ejército de aprovechados utiliza en beneficio propio la pavorosa memoria heredada de los nazis.

La tercera etapa, todavía en los Estados Unidos, se titula «Tiene que irse ya, Mr. Cadmouse» y en ella James Petras imagina lo que podría suceder si un día las políticas preconizadas por el Banco Mundial llegasen a aplicarse en el propio Banco Mundial, y lo describe con tanto recato que el lector no deja de sentir una cierta piedad ante el destino de unos personajes despreciables.

A partir de aquí, el viaje se globaliza y pasamos al continente asiático. «Una familia para siempre» indaga la imposibilidad de entendimiento entre explotadores y explotados y «Que coman saltamontes» incide en el desprecio y la superioridad con que el Primer Mundo trata al Tercero.

De Asia saltamos a Europa, donde «Reunión en la cumbre» nos recuerda que el derrumbamiento del corrupto imperio soviético no se ha seguido de prosperidad alguna, sino más bien de la emergencia de mafias que ahora controlan la situación.

De Europa, por proximidad, el libro pasa al Oriente Próximo y, allí, nuestro autor detiene su mirada en la kafkiana situación que vive el pueblo palestino, esquilmado de sus tierras y constreñido a vivir bajo el terror del sionismo, pero rebosante de dignidad; «El campanero» muestra el poco valor que tiene la vida en los territorios ocupados; «El Rey de Babilonia y el nacimiento del Salvador en Belén» recupera, en tiempos actuales, la historia del nacimiento de Cristo con una inequívoca carga política y «Adiós al rey Hussein» hace saltar en mil pedazos la figura histórica del monarca hachemita.

Y, por fin, el periplo se cierra en América Latina. «Méndez Arceo, el obispo rojo de Cuernavaca» explora la grandeza de la teología de la liberación; «Neruda en Colombia» le hace un guiño a la figura ambigua del poeta chileno; «El Perú en los tiempos del cáncer» y «De las minas de estaño en Bolivia a las cafeterías de Cambridge» se adentran en la insoportable situación actual de los dos países andinos; «Un doctor meticuloso» deja bien claro que Petras carece de prejuicios raciales: su personaje, un judío argentino, posee la nobleza de los pequeños héroes cotidianos; «Justicia popular» retrata con crueldad la lucha de clases en los Andes y, en último lugar, «La lengua del pueblo» es un hermosísimo relato, de aplastante sencillez, que reivindica el indigenismo como forma de vida y de progreso revolucionario.

James Petras, cuyo conocimiento del castellano es más que suficiente, ha sido a lo largo de estos meses un sabio comentarista de las versiones que yo le iba remitiendo y, además, mostró siempre una elegante humildad –sólo reservada a los grandes– a la hora de aceptar mis sugerencias.

Jorge Capelán y Germán Leyens contribuyeron con las traducciones de dos cuentos, que corregí para unificar el estilo del conjunto.

Mi gran amigo el pintor Abbé Nozal realizó la portada virtual.

Una vez concluido el trabajo y antes de entregarlo para su difusión por internet, quise diluir la huella de mi español peninsular en los textos que se ocupan de América Latina. Con tal fin y a petición mía, los compañeros Margarita E. González (México), Anacristina Rossi (Costa Rica), Adriana Jaramillo Seligmann (Colombia), Luis Revilla (Perú), Jaime Casas (Chile) y Verónica Saladrigas (Argen-

tina) me señalaron amablemente los giros verbales demasiado europeos de mi prosa, que sustituí por localismos latinoamericanos.

Ana Torcal expurgó los errores de tecla, mejoró lo mejorable y se ocupó de la edición definitiva.

Como colofón, Cristina Márquez insertó hipervínculos y marcadores para ayuda al lector y maquetó este libro virtual en su formato PDF definitivo.

Dejo aquí constancia de mi gratitud a todos ellos.

Manuel Talens
Madrid, abril de 2004

Índice

A tiempo

William Osgood, Bill, no le quitaba el ojo a la calzada. Respetaba el paso de peatones, reducía la velocidad ante la luz amarilla y, en las paradas, retenía el autobús con un pie en el freno. Se fijaba en los pasajeros rezagados que podrían intentar colarse sin pagar. En cada parada, miraba su reloj para ver si no iba con retraso.

Algunos chóferes más viejos le tomaban el pelo por su puntualidad. «Llegarás a tiempo a tu entierro», se reían.

«Pueden reírse todo lo que quieran», refunfuñaba Bill. «Ellos no han estado trece meses sin trabajo. Ya se nota que no son temporales.»

Aquella mañana se cumplía la semana número veintiséis desde que estaba a prueba. Al final de la jornada entraría en plantilla o lo dejarían fuera. Llegó a la terminal central media hora antes que de costumbre.

–Va a hacer mucho calor –había comentado la mujer de Bill–. ¿No prefieres una camisa de manga corta?

–No, así estoy bien –Bill prefería el uniforme–. «¿Quién sabe lo que podría decir el supervisor?», pensó para sus adentros.

Ya en la terminal, fichó y se acercó a su autobús. Entonces, oyó la voz del supervisor:

–Bill, hoy le he cambiado el trayecto, porque Clancy está enfermo. Usted hace el suyo. Aquí tiene el mapa.

–Sí, señor –rió con nerviosismo–. No hay problema alguno.

–Más vale que empiece ya –dijo el supervisor mientras Bill echaba un vistazo al mapa–. El trayecto de Clancy pasa por el centro de la ciudad.

–Este Clancy no ha podido escoger un día peor para ponerse enfermo –dijo Bill entre dientes.

Arrancó el motor y miró el mapa.

–Es mi último día como temporal. Si consigo que todo salga bien, estoy seguro de que me darán el trabajo. De todas maneras, el supervisor habrá apreciado el modo en que he aceptado la nueva asignación. Sin protestas ni problemas sindicales. Hostia, incluso podría sacarle provecho a la enfermedad de Clancy.

Bill se sintió mejor y se concentró en el trayecto, las paradas, los pasajeros, el reloj. A media tarde, el tráfico aumentó. El autobús avanzaba con lentitud de una parada a otra. Bill empezó a ponerse nervioso. Casi le cerró la puerta a un pasajero que estaba entrando. No se fijó en su cara, pero sí en la frágil mano que temblaba al depositar las monedas en la caja. Vio por el espejo retrovisor que era un anciano obeso, que avanzaba despacio hacia el fondo del autobús, demasiado despacio, pesadamente. Bill arrancó de la parada y el hombre se dejó caer como un fardo en el asiento. Los semáforos cambiaban antes de tiempo, los jodidos taxistas le cortaban el paso, los peatones atravesaban la calzada por cualquier sitio. Bill los maldijo a todos entre dientes.

–Diez paradas más y termino –apretó los labios y siguió adelante.

–¡Eh, chófer, hay un hombre enfermo! –gritó alguien desde atrás.

Bill hizo como si no lo hubiera oído. Unos segundos más tarde, cuando el autobús paró para recoger a unos cuantos pasajeros, una mujer mayor se le acercó al salir.

–Debería llevarlo al hospital, está muy mal. Ese hombre gordo respira con problemas y tiene los ojos abiertos de par en par.

–Gracias, señora –Bill le sonrió automáticamente.

La mujer se sobresaltó por la sonrisa y se bajó.

Miró su reloj. «Tres minutos de retraso». Volvió a arrancar y casi le dio a un taxi que se metía en el carril del autobús.

–¡Eh, maricón!, ¿te crees que la calle es tuya? –una cara morena se asomó del taxi y lo miró malamente.

A Bill le hubiera gustado contestarle o, mejor aún, partirle la cara. Pero apretó el volante.

–¡Eh, señor, este hombre ha dejado de respirar! –vociferó un jovenzuelo.

Varios pasajeros miraban al gordo derrumbado en su asiento, a la espera de ver lo que haría Bill.

–Tiene que hacer algo, oiga. ¡Me parece que está muerto!

–Sí, señor, voy a llevarlo a la terminal. Allí tienen una ambulancia –respondió Bill mientras llegaba a otra parada.

Subieron tres pasajeros.

«Dos paradas más», se dijo Bill. «Sólo llevo dos minutos de retraso».

A la siguiente parada, el joven que había gritado se levantó para bajarse.

–Eh, tío, está usted paseando un cadáver. ¿Ha pensado alguna vez en trabajar en una funeraria?

Bill apretó los labios. «¿Qué sabrá este punk? A mí me pagan por recoger y transportar pasajeros. Vivos o muertos, tienen que llegar a tiempo.»

Llegó a la terminal, se bajó y le dijo al supervisor que traía «un pasajero enfermo». Llamaron una ambulancia, pero estaba claro que se trataba de un cadáver.

Al día siguiente, los familiares del muerto contrataron a un abogado cuando supieron que había fallecido en el autobús. El abogado puso un aviso en el periódico para ponerse en contacto con los pasajeros.

La empresa de autobuses decidió investigar el caso. El supervisor llamó a Bill a su oficina.

–¿Qué pasó, Bill? ¿Hizo usted algo que se pueda interpretar como la causa de la muerte?

–¡No, señor! –contestó Bill de inmediato–. Yo sólo cumplí con mi obligación. Llegar a tiempo, como siempre.

Bill se sobresaltó por la pregunta.

«Yo no hice nada. Aquel gordo probablemente había fumado, bebido o comido demasiado. ¿Qué tiene eso que ver conmigo?», pensó para sí.

–El abogado va a hacerle preguntas. Asegúrese de que le dice justo lo que hizo y no nos mezcle con ese cadáver – al supervisor le preocupaba la posibilidad de un pleito–. Vamos a tener que retrasar la decisión sobre su trabajo hasta que se aclare este asunto. Pero todavía puede seguir un poco más como temporal.

–Sí, señor, gracias –Bill se alejó.

«¿Por qué tuvo Clancy que ponerse enfermo mi último día? ¿Por qué el gordo la palmó en mi último trayecto?». Le daba rabia.

Hubo un juicio. La anciana declaró.

–No paró. No hizo nada. Aquel hombre se murió en su asiento y él siguió conduciendo, como si nada –dijo con indignación.

El joven juró que paró por lo menos una docena de veces mientras el tipo se asfixiaba.

El abogado llamó a Bill a declarar.

–¿Oyó usted a los pasajeros que le decían que había un hombre muriéndose en el autobús?

–Sí, señor.

–¿Por qué no lo llevó a un hospital o paró el autobús para llamar una ambulancia?

–Pensaba hacerlo, señor, una vez que hubiera llegado a la terminal.

–¿Una vez que hubiera llegado a la terminal? –el abogado fingió indignación–. ¿Había un hombre muriéndose en el autobús y usted pensó en vender unos pocos billetes más? –miró al jurado y vio signos de dólar en sus ojos.

–Puede que a usted le parezcan unos pocos billetes de autobús, pero mi trabajo estaba en juego. Tenía que terminar el trayecto a tiempo. Son los reglamentos de la empresa. Es la única posibilidad que tenemos los temporales de entrar en nómina.

–¿Pretende decirme que en una urgencia como ésta la empresa valora más llegar a tiempo que ayudar a una persona muy enferma?

–Sí, señor, no, señor –Bill estaba confundido.

–¡Me opongo! –eyaculó el abogado de la empresa de autobuses–. No hay absolutamente ninguna prueba de que eso sea la política de la compañía. Fue una decisión del chófer.

El juez pidió una explicación.

–Consideramos que fue una circunstancia muy insólita y el chófer se comportó de manera anormal. Actualmente está suspendido.

El trabajo, la pensión, el seguro de enfermedad, las vacaciones, el sueldo regular se estaban volatilizándolo. Bill se levantó cuando el abogado se le acercó.

–¿Está usted de acuerdo con esta declaración? –le pinchó el abogado.

–Mire, estuve sin trabajo durante trece meses. Acepté este trabajo de seis meses como temporal. Durante cinco meses y veintinueve días mi autobús estuvo siempre a tiempo. Incluso con un cadáver llegué a tiempo. ¿Qué podía hacer, llegar tarde, que me despidieran sólo porque alguien decidió morirse mi último día como temporal?

El abogado fingió simpatizar con el chófer para poder darle más duro a la empresa. Funcionó. La familia del gordo obtuvo cinco millones de dólares, el abogado se quedó con un tercio, la empresa negó cualquier responsabilidad, el contrato de Bill no fue renovado y el reportero del *New York Times* que escribió la historia del «chófer obsesivo que no hizo caso de un enfermo» ganó un Premio Pulitzer a la mejor historia de interés humano.

Índice

La industria del Holocausto

Lev se puso a leer con detenimiento las páginas económicas para comprobar las cotizaciones de la bolsa en los días anteriores. «El Dow Jones ha bajado, el NASDAQ ha bajado, el S&P ha bajado...» Pasó luego a las empresas individuales: «General Motors ha bajado, IBM ha bajado...». De pronto, hizo una pausa, tomó el rotulador amarillo y subrayó: «La industria del Holocausto» ha subido.

Comprobó luego la trayectoria de dicha industria durante los últimos años: crecimiento sólido en toda la década, con un refuerzo en el nuevo milenio.

«Tengo que estudiar esto a fondo para asegurarme de que la industria del Holocausto no es otra burbuja vacía como la informática», se dijo. Identificó a los personajes más destacados: Eisenstadt, Bronfman, Weisel, grandes despachos de abogados, presidentes de las principales organizaciones judías... «Tiene buena pinta. ¿Cuánto tiempo aguantará?», se preguntó. Descolgó el auricular del teléfono y llamó a Kevin Rubenstein.

–Dime, Kevin, ¿qué sabes de la industria del Holocausto, tiene futuro o es de las de comprar y vender?

–Es una mina, Lev. Las víctimas se están muriendo, pero cuantos menos supervivientes hay, más dinero da.

Kevin parecía entusiasmado.

–¿No te parece una contradicción? –dijo Lev algo perplejo, pero lleno de interés.

–Es que los flujos de capital y los márgenes de beneficios tienen poco que ver con las víctimas enfermas o ya

fallecidas y mucho con los abogados, que son la parte dinámica e innovadora de la industria. Es una historia larga, pero sencilla: mientras quede un solo superviviente, la industria del Holocausto será un buen negocio. Oye, tengo una cita ahora. ¿Por qué no me invitas a almorzar mañana y te lo explicaré todo?

–De acuerdo. Mañana a las doce. En el restaurante tailandés.

El broker estaba intrigado. Repitió mentalmente el comentario final de Kevin: «Mientras quede un solo superviviente, la industria del Holocausto será un buen negocio... No puede ser como el vino, que cuanto más viejo es más caro vale. ¿Cómo es posible que esos viejos saquen más dinero ahora, casi sesenta años después del Holocausto, que cuando había más supervivientes, eran más jóvenes y tenían más vida por delante? ¿Por qué el dinero ahora va al bolsillo de las personas, en vez de a Israel?».

El teléfono sonó e interrumpió sus pensamientos.

–Hola, Lev, soy Fritz Hauptmann, de Volkswagen. El mercado sigue cayendo y me estoy poniendo nervioso. ¿No cree usted que deberíamos invertir en un fondo seguro hasta que pase la marea?

–Vale, Fritz. Ahora mismo voy a trasladar temporalmente su cuenta a un fondo. Pero creo que he encontrado algo realmente bueno. Crecimiento estable y un magnífico rendimiento.

–¿Está bromeando, Lev? ¿En este mercado?

–Sobre todo en este mercado. Mañana, cuando averigüe más, lo llamaré. Quién sabe, puede que hoy sea su día de suerte, Fritz –la voz del broker sonaba optimista.

–Así lo espero, Lev, esta semana he perdido veinte mil.

–Hasta mañana.

El teléfono no dejó de sonar en todo el día. Eran sobre todo pequeños inversionistas asustados, a punto de perder sus fondos de pensión.

«Qué hijos de puta avariciosos», Lev se reía para sus adentros. «Estaban seguros de que podrían retirarse y comprar una casa en Palm Springs, pero ahora van a tener suerte si les queda algo para alquilar un cuartucho en un gueto de negros».

Algunos de sus clientes más importantes también lo llamaron. Lev les aconsejó que aguantaran, porque tenía unas acciones totalmente seguras.

En la cafetería de la agencia de inversiones se encontró con Marcus Murphy, un compañero bastante mediocre.

–Oye, Lev, deberías leer este libro de Goldhagen. Sabes, dice que todos los alemanes odiaban a los judíos, que todos fueron responsables, incluso los que barrían la calle. ¿Qué te parece?

–Qué quieres que te diga. En los años veinte, más de las dos terceras partes del electorado alemán votó contra el fascismo, pero los nazis ilegalizaron, encarcelaron y mataron a millones de socialistas, comunistas y socialdemócratas, que eran antifascistas.

Marcus frunció el ceño. Estaba harto de aquel judío tan resabiado. Siempre que encontraba algún punto a favor del pueblo judío (como solía llamarlo), Lev se lo tiraba por tierra. Incluso le había oído decir que Israel debería abandonar los territorios ocupados. «Es como si Irlanda les entrega Dublín a los ingleses», solía decir su madre.

Mientras Marcus seguía parloteando sobre Goldhagen, Lev empezó a pensar. «Quién sabe», se dijo, «si lo importante no es el número de supervivientes, sino el de implicados o supuestamente implicados en el Holocausto; si en

vez del número de víctimas lo que cuenta es el número de abogados y el dinero, no la justicia.»

Lev dio cuenta rápidamente del almuerzo y regresó a la oficina. Llamó al Centro del Holocausto en Washington. Al cabo de media hora en que lo estuvieron mareando de un departamento a otro, lo pusieron con el jefe de la «Sección del Testimonio Viviente».

Lev fue directo al grano:

–¿Puede indicarme quiénes son los abogados que se ocupan de negociar las indemnizaciones que han de recibir las víctimas del Holocausto?

Al otro lado hubo una pausa.

–No es fácil de decir. ¿A qué indemnizaciones se refiere? Hay muchos pleitos y cada uno de ellos está al cargo de un pequeño ejército de abogados.

Lev reflexionó a toda velocidad: «Esto es más que una industria artesanal, es una empresa corporativa.». Especificó:

–¿Puede darme una lista de los pleitos pendientes que se ocupan de la esclavitud de los judíos en las industrias alemanas?

–Sólo tenemos informes de los abogados principales, de los grandes despachos que negocian con los alemanes, de los pleitos aprobados por los presidentes de las principales organizaciones judías, que ceden un porcentaje a nuestra fundación.

–De todos modos, eso me vale para empezar. ¿Puede enviarme la lista?

–¿Puede hacer usted una contribución? –la voz del otro lado sonó como una exigencia.

–Déme su dirección postal –contestó Lev.

–Aceptamos tarjetas de crédito –replicó el otro con brusquedad, sin soltar la presa.

–Les enviaré un cheque –Lev empezaba a exasperarse.

–Entonces tomará más tiempo –la voz se volvió intimidatoria.

«Esta gente es dura de roer», pensó Lev cuando colgó el auricular. «Veré si Kevin puede pasar a través del parapeto para enterarme de lo que es la industria del Holocausto».

Rubenstein apareció con una corbata verde brillante y la calva cubierta con una kipá.

–Kevin, vas de uniforme –se burló Lev.

– Yo soy así.

Una vez instalados en la mesa, mientras esperaban el almuerzo, Kevin empezó a hablar:

–La historia es larga, pero te daré los datos esenciales para que te hagas una idea y luego busques los detalles por tu cuenta. La industria del Holocausto se inició después de la condena de los criminales nazis y de que los alemanes pagasen indemnizaciones a Israel. Unos veinte años después, en la época de la guerra de los Seis Días, cuando los israelíes ocuparon los territorios árabes, se puso de moda ser judío y recordar el Holocausto. Aparecieron miles de libros sobre el asunto, buenos, malos e insustanciales. Hubo cientos de conferencias, días del recuerdo, libros de texto revisados y aumentó el valor de Israel, sobre todo entre judíos que ni remotamente habían estado implicados o que simplemente habían tenido algún pariente lejano en los campos de concentración. Todos se implicaron, era una manera de encontrar una identidad especial, sobre todo para abogados, médicos o famosos que nunca habían pisado una sinagoga y que estaban casados con gentiles.

Lev lo interrumpió:

–Me parece un discurso sociológico interesante, pero...

–Ten paciencia, hombre, que enseguida llego a la industria. Hubo un abogado, un antiguo comunista especializado en derecho corporativo, que puso la compensación sobre la mesa. Sus argumentos eran más o menos los siguientes: los nazis trabajaron en estrecha colaboración con el gran capital; los judíos fueron esclavos, pero no esclavos asalariados, según su antiguo lenguaje de rojo, sino auténticos esclavos al servicio de las grandes compañías de la Alemania nazi, que todavía existen y tienen mucho dinero. Empezó a pronunciar discursos en Forest Hill y Brighton Beach, a la búsqueda de antiguos esclavos. Pero tenían que ser judíos, los polacos, los griegos o los rusos no contaban. Cuando tuvo una lista bastante grande, organizó una rueda de prensa para anunciar el pleito. Allí aparecieron los grandes despachos de abogados de Wall Street y los habituales del Partido Demócrata. Una vez que se iniciaron las negociaciones, le tocó el turno a los investigadores legales y a los historiadores, que desenterraron la historia. La infraestructura del Holocausto se puso en marcha y Elie Weisel le dio un gran impulso cuando obtuvo el premio Nobel –Kevin hizo una pausa para atacar su plato.

Lev preguntó:

–Cuánta pasta hay en juego? ¿Cuál es la rentabilidad?

–Casi quince mil millones. La mitad será para los abogados. Los procedimientos judiciales, las ayudas legales, los traductores, los interventores, consultores universitarios, los archivistas de la Fundación y los cabilderos también conseguirán un pellizco.

–¿Y los supervivientes? –preguntó Lev con incredulidad.

–Sus fotografías aparecerán en el *New York Times* en la sección de interés humano y se los mencionará en las páginas de negocios. Es probable que les organicen una agradable cena en algún hotel elegante cuando se anuncie el acuerdo y, eventualmente, podrán conseguir alguna pasta, si no se mueren antes.

A Lev le molestaba el cinismo de Kevin, pero no quiso cortarlo antes de que llegase a la información estratégica.

–Sabes, la compañía Holocaust Inc. se ha constituido en sociedad anónima y cotiza en bolsa –dijo.

–¿Que si lo sé? –Kevin sonrió con satisfacción–. Invertí en ellos el primer día que sus acciones salieron a la venta. ¿Cómo crees que compré mi casa en Martha's Vineyard, a un paso de los Kennedy?

–¿Tiene futuro, es decir, seguirá subiendo cuando se alcance un acuerdo con las industrias alemanas o se trata de un negocio de entrar y salir? –preguntó Lev con cautela.

–Y yo qué sé –Kevin lanzó una carcajada. Dio un trago de vino. Sus ojos brillaban–. Te diré algo, Lev: entre nosotros, creo que la industria del Holocausto tiene un futuro espléndido, porque después de las industrias alemanas vienen las estadounidenses, las francesas, las inglesas, los banqueros, los fabricantes... Están las víctimas directas, sus descendientes, etc. Está el dolor físico de las víctimas y la angustia mental de los hijos de sus hijos. Están los proveedores de las industrias alemanas. Ese Goldhagen descubrió una mina de oro cuando puso la mano sobre los alemanes, los hizo a todos responsables y los puso en fila para que paguen.

Lev rió.

–Con razón esa mierda de libro es un bestseller.

Kevin no entendió el chiste. Lev le lanzó una flor antes de hacerle una última pregunta:

–Kevin, eres un tipo bien informado.

El otro sonrió de oreja a oreja.

–Me da gusto ayudar a un amigo viejo, sobre todo si me invita a un almuerzo de cincuenta pavos.

–Dime algo, ¿es posible rastrear esas transacciones de miles de millones de dólares?

Kevin apretó los labios.

–Sí y no. El gobierno federal y los estados apoyan a los abogados y, sobre todo, a los financieros de la hermandad. Los jueces se pondrán de su parte y no hay en perspectiva ningún arreglo amigable. El gobierno alemán pagará para evitar que los judíos estadounidenses les impidan penetrar en los mercados y en los circuitos financieros. Por ahí no hay ningún problema –Kevin hizo una pausa–. El problema lo están creando esos abogaduchos que quieren sacar tajada y que están intentando pleitos contra los capataces, los chóferes de autobús y los porteros que, según dicen, facilitaron la explotación del trabajo de esclavos. Uno de ellos incluso lo está intentando contra los cocineros que cocinaban para los capataces que trabajaban en Volkswagen y que explotaron a los esclavos judíos.

–Eso parece el cuento de nunca acabar –lo interrumpió Lev.

–Sí, pero las grandes empresas alemanas no pagarán a menos que los abogados consigan que los tribunales cierren la puerta a futuras reclamaciones –replicó Kevin–. Ése es el problema. Esos chupones quieren un pellizco y amenazan con impedir los pagos, es una especie de chantaje al Holocausto.

–Lo cual es un inconveniente a la hora de invertir – comentó Lev con prudencia.

–Siempre hay un riesgo cuando se quiere ganar algo, es la ley de la economía –dijo Kevin con humor.

Lev regresó a la oficina y les dio una orden a sus jóvenes ayudantes.

–Hoy, a las ocho de la tarde, quiero un informe sobre todos los pleitos del Holocausto, ya estén en marcha o en potencia.

A las ocho, Lev convocó la reunión.

–¿Tenéis noticias?

–Muchas. Hay pleitos pendientes por todas partes, en Inglaterra, y en Estados Unidos, y en todos los niveles de la jerarquía corporativa –dijo un jovencito recién graduado de la Wharton School.

–Es probable que IBM se sienta en el banquillo, porque según un abogado, montó los sistemas de listas y los censos que utilizaron los nazis para localizar a los judíos – añadió un recién salido de Howard.

–Pero eso no es todo –agregó a un graduado del Brooklyn College–. Hay una serie de pleitos adicionales contra los supervisores que dirigieron la cadena de producción que montó los sistemas de IBM, los ingenieros que los diseñaron y los trabajadores de la cafetería donde almorzaban. Unos cuantos abogados del Bronx van a convocar una rueda de prensa.

Lev perdió los estribos:

–¿Y qué me decís de los propietarios del barco que transportó los sistemas de IBM, de los granjeros que cultivaron las hortalizas que cocinaron los trabajadores de la cafetería para los trabajadores que fabricaron las máquinas que IBM les suministró a los nazis?

Los tres ayudantes se quedaron sin habla. No sabían si reír o llorar.

–¿Y de los comerciantes que les vendieron a los trabajadores y a los ingenieros de IBM la ropa con que trabajaban, no tienen ningún pleito pendiente? –añadió Lev con sarcasmo–. No cabe duda de que la industria del Holocausto tiene un buen potencial de crecimiento, con un montón de casos en varios continentes, lo cual disminuye el riesgo de que uno solo de ellos la mande al carajo.

Todos asintieron. El jovenzuelo del Howard College añadió:

–No creo que haya mucho peligro de que disminuyan los beneficios.

–¿Qué quieres decir? –le preguntó Lev.

–Que la industria seguirá dando ganancias y los supervivientes sólo obtendrán una fracción.

–Vale. Habéis hecho un buen trabajo, muchachos –Lev dio por terminada la reunión y se puso a trabajar en un plan de inversiones para sus principales clientes sobre las perspectivas a largo plazo de la industria del Holocausto.

«Se puede esperar», concluyó en la última línea, «un beneficio de entre el veinte y el treinta por 100, lo cual no está nada mal en un mercado a la baja como el actual».

Índice

Tiene que irse ya, Mr. Cadmouse

Peter MacDonald, el vicepresidente adjunto del Banco Mundial, estaba arrellanado tras el escritorio de roble macizo de su despacho del decimoquinto piso y leía el informe de la auditoría externa que le acababan de entregar: «Salvo en circunstancias excepcionales, el Banco ha intervenido de manera flagrante en el mercado y ha concedido préstamos sobre la base de criterios extraeconómicos para subvencionar acreedores cuyas actividades eran imprudentemente especulativas».

MacDonald se sintió ultrajado.

«¿Qué quieren, que el edificio financiero asiático se derrumbe por completo mientras nosotros esperamos sin hacer nada a que el mercado introduzca correcciones? ¿Qué clase de dogma estúpido es ése?», pensó.

Siguió leyendo:

«Al inyectar buenos dólares en malas causas, el Banco subvenciona la fuga de capitales. La ayuda financiera a Yeltsin es un caso típico. La mayor parte de los veinte mil millones servirán para pagar dólares a corto plazo –las denominadas "emisiones T"– o irán a parar a cuentas bancarias en Suiza, Israel y los Estados Unidos. En menos de seis meses, cuando llegue el momento de empezar a pagar el crédito, se iniciará en Rusia una nueva crisis de fin de régimen.»

MacDonald se puso lívido.

«Este informe es un montón de mierda», dijo para sus adentros. «Nosotros prestamos bajo la condición de que se

inicien reformas fundamentales, pero eso ni siquiera lo mencionan aquí. Y si tales reformas se llevan a cabo, los rusos serán capaces de poner sus finanzas en orden.»

Sonó el teléfono.

–Mr. MacDonald, el presidente Jacques Cadmouse desea verlo de inmediato.

–OK, dígame que voy enseguida.

MacDonald entró en un despacho del tamaño de la mitad de un campo de fútbol con vistas al río Potomac.

–Hola, Mac, ¿has leído el informe?

–Por supuesto. Es un panfleto vergonzoso contra nuestra política de estabilización.

–Pues al parecer esto es sólo el principio. Se está creando una nueva Comisión que nos hará una visita la semana que viene.

–¿Qué buscan?

–Creo que están tratando de privatizar nuestros servicios.

–Eso es una estupidez. Todo lo que hacemos es para el sector privado. Presionamos a los estados para que vendan compañías públicas, reduzcan los salarios, aumenten las subvenciones a los exportadores privados, eliminen las barreras al comercio privado, a las inversiones y a los préstamos...

–Por eso mismo, Mac. La Comisión ha visto que nuestra filosofía es tan rentable que quiere aplicarla a nuestra institución.

–¿Y cómo va a funcionar? ¿Van a externalizar a los economistas y contratarlos a tiempo parcial?

–No excluyo esa posibilidad. También pueden meterles mano a nuestros beneficios, las exenciones fiscales, las ayudas familiares y de traslado, los subsidios de alquiler y de compra de vivienda.

–Eso es degradante. El Banco no será capaz de atraer a economistas de categoría mundial. Sería como decirle adiós a Harvard, Princeton y Wharton...

–Pero sería decirle hola a Bangladesh, Delhi y la Universidad Nacional de México. Ya sabes que hemos adiestrado a mucha gente en todo el mundo y, hoy en día, cualquiera sabe lo que es el mercado libre. Pero no adelantemos acontecimientos. Veamos lo que dicen. Mientras tanto, quiero que pongas sobre aviso al personal y hagas un informe que enumere todos nuestros éxitos, en especial los balances positivos para el sector privado en América Latina.

MacDonald estaba inquieto. Acababa de comprar por medio millón de dólares una casa de estilo colonial al norte de Virginia y los estudios de su hijo en la universidad de Cornell le costaban treinta mil al año.

Regresó a su despacho y empezó a repasar los informes. El de México estaba en lo alto de la pila. «Un resultado de cinco estrellas: los salarios bajan un sesenta por 100; la flexibilidad laboral afecta al setenta por 100 de la mano de obra; privatización del ochenta por 100 de los ejidos; los pagos de deudas han aumentado en un noventa por 100, los beneficios en un cien por 100. Pero sigue habiendo un déficit presupuestario cada vez mayor [subrayó esta última frase con un rotulador rojo]. Es necesario reducir subvenciones sociales innecesarias a la vivienda, la salud y la educación, establecer un impuesto a los alimentos y las medicinas. Hay demasiados estudiantes, pero pocas granjas productivas y pocos trabajadores en las fábricas.» Se echó hacia atrás en su sillón, descolgó el auricular del teléfono y llamó a su vicepresidente segundo, le comunicó el mensaje del presidente y le dijo que lo transmitiera a los directores de cada país, a los jefes economistas, a los ayu-

dantes de los directores y a los socios de los jefes economistas.

A la semana siguiente, apareció la Comisión con un ejército de economistas, en su mayoría jóvenes graduados de universidades de segunda fila. Recogieron los informes, llevaron a cabo entrevistas con todo el mundo, desde el presidente a las mujeres de la limpieza nocturna. Luego, se marcharon.

MacDonald estuvo un poco nervioso al principio, pero después del primer almuerzo de la reunión se relajó bastante. «Hablan el mismo lenguaje que nosotros», pensó. «Comparten los mismos valores y las mismas preocupaciones y, sobre todo, respetan los resultados que hemos obtenido en el cambio global al mercado libre».

El informe de la Comisión fue hecho público. MacDonald se enteró por un largo artículo del *Washington Post*, titulado «El Banco Mundial: una contradicción viviente». Se iniciaba así: «A pesar del rotundo éxito que ha obtenido el Banco Mundial con la eliminación de las ineficiencias de las empresas públicas y la promoción de la empresa privada, en sí mismo es un testimonio viviente de las ineficiencias de una institución pública con demasiado personal y una productividad muy por debajo del coste de su mantenimiento».

MacDonald palideció.

–No puedo creerlo –descolgó el auricular y llamó al presidente.

–¿Qué significa esto, Cad?

–Significa que tenemos que convocar una reunión interna para formarnos a nosotros mismos. Si no lo hacemos, nos cortarán los fondos.

Tres docenas de vicepresidentes, vicepresidentes adjuntos y asociados y jefes economistas se reunieron. Cadmouse saludó a cada uno de ellos y planteó los temas.

–La Comisión nos ha ofrecido un presupuesto, condicionado a ciertas reformas. Todos conocemos el procedimiento –miró a su alrededor con una leve sonrisa. Los demás le correspondieron–. Podríamos impugnar las conclusiones, pero creo que eso únicamente los incitaría a fisionear un poco más. En el Banco se habla incluso de «préstamos a los amiguetes» y de corruptelas. En mi opinión, si queremos mantener el flujo de fondos y conservar economistas fijos de calidad, como todos ustedes, tenemos que reestructurar la institución. Propongo que cada uno de nosotros prepare una lista del personal prescindible, del que pueda ser sustituido por personal a tiempo parcial y de los puestos que se puedan dar a contrato. Aquí nada es sagrado.

MacDonald regresó a su despacho y convocó al personal.

–Háganme una lista de todo el mundo que trabaja a mis órdenes.

Aquella misma tarde repasó la lista.

–Necesito el personal investigador y a sus ayudantes, porque sin ellos el trabajo cae sobre las espaldas de los directores de país, cuya supervisión depende de los vicepresidentes adjuntos, que están bajo mi responsabilidad. Lo cual significaría menos tiempo para jugar al golf y ocuparme de mi jardín los fines de semana o menos tiempo con mi familia.

Había pensado en escribir una nota para defender el nivel de empleo en su división, dada su gran productividad, pero recibió un mensaje electrónico en el que se le advertía que los directores que no logran reestructurar

podrían ser reestructurados y quedarse sin trabajo por «no adaptarse a los criterios del mercado».

«Qué sabrá esta gente sobre criterios del mercado», pensó con sorna. Pero estaba asustado.

Recorrió la lista con tres rotuladores de color: rojo para los despidos, azul para los despidos con contrato posterior como «trabajador externo» y amarillo para el tiempo parcial. «Lástima de este empleado, que hace un café tan bueno, y lástima de este investigador de personal, que me escribe los discursos. Cuánto lo siento por este contable, que me ayudó a pagar la casa de la playa en Martha's Vineyard traficando las dietas de desplazamientos.»

Pero MacDonald no quería tener problemas de digestión, de manera que llamó a uno de sus vicepresidentes segundos para que se ocupase de la parte más desagradable.

–Les dices únicamente que el mercado lo exige. No hay nada personal.

La reestructuración siguió adelante con suavidad: a cada uno de los antiguos empleados se les dio cinco minutos para que desocupasen sus escritorios y se fueran. Las cerraduras de la puerta exterior fueron sustituidas de inmediato, de manera que no había posibilidad de dar marcha atrás.

Dos meses después, el presidente Cadmouse convocó una reunión para felicitar al personal superior por el excepcional esfuerzo que habían hecho para reducir la plantilla. Les anunció que la Comisión estaba tan contenta con los resultados que había enviado instrucciones al Banco para que se iniciase la «segunda fase», la reasignación del personal superior con vistas a demostrar que el dolor que conlleva la eficiencia de la empresa iba a ser compartido. Cadmouse sonrió:

-Es una cuestión de equidad.

-Me parece un asunto repugnante -comentó MacDonal-. Nos estamos cortando el cuello nosotros mismos.

Subrayó con sus rotuladores a veinte de los veinticinco vicepresidentes segundos.

-Adiós a los almuerzos con tres *martinis* y a los fines de semana de tres días -comentó con ira.

El jefe de la Comisión le escribió a Cadmouse para comunicarle que muchos de los clientes del extranjero habían recibido con comentarios muy favorables la reestructuración del Banco. «Dicen», le comentaba en su misiva, «que la disminución de las visitas locales y de los diagnósticos y propuestas del Banco Mundial ha tenido un efecto saludable sobre su funcionamiento económico. Lo animo a continuar con su magnífica gestión.»

Cadmouse se preguntó si aquella frase, que parecía un elogio equívoco, no ocultaría algún mensaje. «¿Qué querrá decir con ese "Lo animo a continuar con su magnífica gestión"»? ¿Será que va a haber una «tercera fase»?

Una semana más tarde, recibió un conciso correo electrónico del jefe de la Comisión: «Convoque una reunión del personal principal mañana a las tres». Cadmouse pasó el mensaje a los restantes vicepresidentes asociados.

La tensión empezó a subir conforme se fueron sentando con hombros caídos en sus sillones o esperaban dando vueltas alrededor de la imponente mesa de conferencias.

El presidente de la Comisión apareció a las tres menos cuarto y le entregó a Cadmouse una única cuartilla.

-No puedo hacerlo -gritó el presidente del Banco Mundial-. Esto arruinaría la institución, su capacidad, su reputación mundial.

-Déjese de teatro, Cadmouse. O lo lee o añado su nombre a la lista. Tiene usted la opción de despedir a me-

dia docena de vicepresidentes y de ofrecerles luego un contrato temporal. Asegúrese de que los demás estén en la calle en cinco minutos.

–Pero nuestras capacidades organizativas... –protestó Cadmouse.

–Déjese de discursos de ciencia política –el Comisionado hizo un gesto despectivo con su mano.

Peter MacDonald estaba en la lista, desde luego, subrayado en rojo.

–Tienes cinco minutos para recoger tus cosas y marcharte.

–Después de quince años en el Banco... Eso se llama gratitud –comentó amargamente.

Metió en una bolsa de plástico sus documentos privados, sus bastones de golf y su caña de pescar. No podía con su cartera, el saco de basura y los libros.

Llamó por el interfono a su secretaria temporal y le pidió que le enviase al recadero subcontratado para que le echara una mano.

–Lo siento, Mr. MacDonald. Hemos sido informados de que usted ya no trabaja aquí y no podemos asignar el personal a sus asuntos privados. Lo dice una nota que tengo en la mano.

La secretaria colgó, ya que las conversaciones telefónicas se grababan y tenía miedo de que la despidiesen por baja productividad.

El depuesto vicepresidente adjunto paseó la mirada por lo que hasta ese mismo momento había sido su despacho. Llamaron a la puerta. Entraron dos guardias de seguridad.

–Mr. MacDonald, se supone que usted debía haberse ido hace dos minutos.

Alzó la voz:

–Me estaba yendo, pero no puedo con todas mis cosas a la vez.

Los guardias recogieron las bolsas de basura llenas de papeles y los bastones de golf, mientras que MacDonald se afanaba con su cartera y sus libros. Intentó decir adiós, pero nadie alzó la vista cuando entró en el ascensor.

–¡Esperen! –gritó–. Me he dejado las llaves del coche en el despacho.

El cerrajero estaba cambiando la cerradura. MacDonald se sintió aliviado cuando le permitió entrar durante treinta segundos. Uno de los guardias se dirigió al cerrajero con brusquedad:

–Eso va contra la política del Banco. Está usted poniendo en peligro la reestructuración.

–Y nuestro trabajo –añadió el otro guardia.

Descargaron las cosas de Peter MacDonald en el asiento trasero de su coche y se alejaron.

Cadmouse lo llamó al mes siguiente y le ofreció un contrato por la mitad de su antiguo salario, sin vacaciones ni seguro de enfermedad ni jubilación.

–Eso es un trabajo de esclavos.

–No, nos hemos modernizado.

–Bueno, lo pensaré.

–Te doy doce horas. Mañana tengo una reunión con el Comisionado.

El Comisionado entró en el despacho de Cadmouse.

–La reestructuración del Banco ha sido un auténtico éxito. La institución es ahora rentable, productiva y vendible.

La sonrisa inicial de Cadmouse se convirtió en una mirada de incompreensión.

–¿Vendible?

–Sí, vamos a privatizar el Banco. El Chase & City nos ha hecho una oferta y yo les he recomendado que le hagan una oferta a usted. Tiene cinco minutos para empaquetar sus documentos.

Cadmouse dirigió la mirada a su escritorio, sobre el que estaba la propuesta del Banco Mundial para ampliar el crédito a Brasil si el gobierno reducía los gastos sociales en un treinta por 100 y despedía a veinte mil trabajadores del personal sanitario.

Cadmouse vaciló.

«Podría vetar esa propuesta antes de irme, para joder al Banco, pero ninguna institución privada me daría trabajo después», pensó.

Dio un suspiro y estampó su firma en el mismo momento en que entraba un guardia de seguridad.

–Tiene que irse ya, Mr. Cadmouse.

Índice

Que coman saltamontes

Seymour Summers había sido enviado a Indonesia por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional para supervisar la implementación por parte del gobierno de las reformas económicas exigidas a cambio de un préstamo de miles de millones de dólares. Sus consejeros Ariel Dreckman y Louis Costello lo acompañaron.

–No acabo de entender cómo se las arregló Suharto para escapar sin problemas de aquellas estafas tan monstruosas –comentó Seymour después del almuerzo en el Intercontinental, un hotel a trescientos dólares por día.

–Sí, basta con leer nuestros informes anuales de las dos décadas pasadas para darse cuenta de que había más milagros en Yakarta que en Lourdes –añadió Costello.

–Bueno, sus indicadores macroeconómicos eran impresionantes –dijo Dreckman con cierta irritación, ya que él había formado parte del equipo que compiló los informes indonesios–. Estábamos al tanto de que había corrupción, pero nos parecía que era como el aceite que mantiene engrasado el motor del crecimiento.

Seymour le dio una ojeada al periódico de lengua inglesa que estaba sobre la silla a su lado.

–Bueno, seguramente culparán a los comerciantes chinos, no a nosotros ni a la familia de Suharto. Eso es un alivio.

Costello sonrió.

–Me encanta. Les tiramos del rabo a los indonesios y ellos les muerden a los chinos. ¿No podríamos patentar el

truco para el resto del mundo? Así no tendríamos que llegar a nuestras misiones en carros blindados ni escaparnos en vuelos secretos.

Seymour arqueó una ceja.

–Es terrible lo que esta gente les ha hecho a los chinos, que eran el único grupo emprendedor que podía proporcionarles alimentos.

–Tienes razón, Seymour –comentó Costello–, el único problema es que la gente de las ciudades no tiene ningún dinero para comprar alimentos, ya que el régimen ha puesto en práctica nuestras recomendaciones y ha dejado a varios millones de trabajadores sin trabajo.

Ariel percibió la mueca en la cara de Seymour y decidió apuntarse algunos tantos.

–Lou, sabes tan bien como yo que no existe prosperidad sin dolor –cortó un gran trozo de su *filet mignon* importado y se lo llevó a la boca, tras lo cual sorbió un trago de Burdeos francés, añada de 1986.

–Ya lo sé, ya lo sé –dijo Lou alzando las manos–. La razón está de nuestra parte, si no fuera así, qué coño haríamos en un hotel de cinco estrellas tratando de salvar la economía indonesia de sus acreedores de ultramar y de los inversionistas.

A Summer no le gustó el comentario.

–Pareces uno de esos dinosaurios de la izquierda que no saben nada de economía y repiten como papagayos el rollo de las desigualdades de clase y el imperialismo. Ahora que se pasó de moda buscar chivos expiatorios entre los hombres de negocios, culpan a las minorías emprendedoras y a las agencias internacionales que prestan dinero.

Seymour logró silenciar un ruidoso pedo, pero fue incapaz de contener un eructo.

Ariel pidió perdón por él. Costello lanzó una risotada.

-La comida es demasiado rica para este clima tropical.

Seymour se quedó de piedra al ver que Ariel reaccionaba al eructo y se sintió ofendido por la burla de Costello.

-Oye, ya que te preocupa tanto el coste social de las reformas, ¿por qué no inspeccionas el impacto que tienen? Los de la OMS dicen que al menos la mitad de los doscientos millones de indonesios pasan hambre.

Después del almuerzo, Costello llamó al Ministerio y dijo que le gustaría inspeccionar algunos pueblos para hacerse una opinión de primera mano sobre el problema del hambre. Compró el *Wall Street Journal* y en la primera página había una historia sobre el hambre en Indonesia y una solución. Leyó:

«Imbatible en su pobreza, el anciano del pueblo está más que contento al mostrar su menú diario: raíz de yuca procesada, quizás algún grano y saltamontes. "En realidad están bastante sanos", dice Rakiman cuando un muchacho le muestra un saltamontes frito. De hecho, venden el insecto en este árido pueblo central de Java a 20 centavos la libra. Tradicionalmente, los indonesios rurales han añadido insectos a sus dietas en tiempo de pobreza y, con la actual tensión debida a la sequía, las devaluaciones de la moneda y los problemas de distribución de alimentos, los insectos regresan a la mesa. "Los capullos de mariposa también pueden ser una comida agradable, si es necesario", dice Rakiman.»

Costello estaba indignado.

–¡Uf!, igual que el *Journal*, esto no menciona nuestras reformas ni el papel que tenemos en el estímulo del consumo de estas exquisiteces.

Costello le pidió al funcionario del Ministerio que lo llevase a los pueblos donde fríen capullos de mariposa y saltamontes.

–Vale. Son el plato nacional desde el colapso. Pero los capullos también se cuecen y se asan, ¿qué prefiere observar?

Viajaron a un pueblo y fueron a ver a un anciano de los tiempos de Suharto, que los llevó a una cocina cuyo menú incluía un «picnic playero» de grano, saltamontes fritos, babosas hervidas y capullos de mariposa asados al horno. En la calle, unos niños delgaduchos y descalzos merodeaban a la espera de comer las sobras de alas y patas de saltamontes o de tomarse una taza de caldo de babosa.

–¿A qué saben? –Costello le preguntó al anciano.

–El saltamontes frito sabe como patatas fritas con salsa de soja. Pruébelo. Le gustará.

Costello mordió el bicho e hizo una mueca ligera.

–No está mal –puso su mejor cara–. «De manera que esto es lo que previene el hambre. Probablemente sea más nutritivo que el arroz», pensó.

Se volvió hacia el funcionario del Ministerio.

–No está mal. ¿Cree usted que deberíamos patrocinar una conferencia sobre suplementos nutritivos baratos en tiempos de reforma económica?

–Buena idea. Podríamos celebrarla en Yakarta, en el Intercontinental.

Después de un par paradas en otros pueblos, Costello le dijo al funcionario que ya tenía bastantes detalles de «visitas locales» para preparar un informe que se podría complementar con datos del Ministerio de Sanidad.

Tenía ganas de regresar al hotel para darle un revolcón a su amiguita indonesia antes de escribir su informe sobre «Aspectos del hambre en la Indonesia rural».

A mitad de camino, a Costello se le revolvió el estómago. Empezó a sentir un fuerte dolor de vientre.

–¡Pare! –gritó.

Saltó junto al camino, se bajó los pantalones y soltó un chorro de diarrea. Entretanto, varios niños lo miraban con la sonrisa en la cara. Uno de ellos se acercó mientras se subía los pantalones.

–Saltamontes fritos, sólo treinta centavos la libra.

–No, vete –Costello lo miró horrorizado.

–Cómprelos, 25 centavos.

–No, cómetelos tú.

Regresó al coche. Le tiró una moneda al niño y le dijo que compartiera el banquete con sus amigos. Cuando llegó al hotel, fue a su habitación, pasó junto a su amante, que estaba tumbada en la cama, y entró en el baño.

Fue allí donde se le ocurrió la brillante idea de atrapar la langosta que infesta las llanuras subsaharianas y transportarla a Indonesia. Despidió a la muchacha, se sentó ante su ordenador y escribió de un tirón, únicamente interrumpido por frecuentes visitas al cuarto de baño. Al día siguiente, se reunió con Seymour y Ariel.

–En la próxima economía global tendremos que hacer que los problemas de una región sean las soluciones de otra...

–Corta el rollo de ciencia política global, que no estás en una entrevista con el *New York Times* –dijo Seymour.

–Hay mil millones de saltamontes enormes que devastan Etiopía y que podrían alimentar a los indonesios hambrientos. Si libramos Etiopía de saltamontes, podría crecer el grano y alimentarían a su población, habría trabajo para

los colectores de saltamontes y esos bichos servirían de comida para los indonesios que atraviesan por reformas económicas. Piensa en las posibilidades de empleo: miles de vendedores de saltamontes fritos. En circunstancias difíciles, lo que hay que hacer es utilizar las posibilidades de la microempresa que ya está en marcha.

Dreckman se enganchó al discurso.

–Podríamos financiar el proyecto como parte de nuestro programa de ayuda a la pobreza para complementar las reformas económicas.

Seymour mejoró la perspectiva.

–Podríamos llamar a Cargill para ver si el sector privado estaría interesado en abandonar las exportaciones de grano y exportar saltamontes. Habrá que atraer al sector privado si no queremos tener problemas de suministro.

–También está el problema de la distribución local. Han expulsado a los chinos... –Dreckman jugaba de nuevo la carta de Seymour.

–Podríamos respaldar las cooperativas –Costello enchufó el ala progresista del Banco Mundial en la conversación.

–Las cooperativas lo estropean todo –contestó Ariel–. ¿Qué saben los burócratas gubernamentales sobre saltamontes? Lo más seguro es que estuvieran muertos y apesados antes de llegar a la gente.

–Bueno, hay cuestiones importantes que clarificar –intervino Seymour con voz bien modulada–. ¿Por qué no organizamos un seminario, aquí, con la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación, la Organización Mundial de la Salud y nuestra propia gente?

–Ésa es una idea excelente –eyaculó Ariel–. Aquí, para darle urgencia a la cosa.

-En el Intercontinental -añadió Costello-, con entremeses de saltamontes fritos y patatas chips a la inglesa y capullos de mariposa en salsa de nata francesa.

Índice

Una familia para siempre

Adela fue a los mejores colegios católicos de Manila. Su familia, de origen humilde, se sintió orgullosa cuando ganó un premio a la mejor alumna de su clase. El colegio mantenía un programa de intercambio a través de una organización estadounidense, el American Field Service, y Adela resultó elegida para pasar seis meses con una familia en Michigan y estudiar en un instituto local.

Fue un agradable semestre. La llevaron a excursiones y espectáculos deportivos. Adela cayó muy bien en aquella familia. Era una estudiante alegre, trabajadora, y ayudaba en las tareas de la casa. Justo antes de regresar, le organizaron una fiesta de despedida e invitaron a muchos de sus compañeros de clase. Adela les agradeció su amable hospitalidad. A su vez, ellos la describieron como «una más de la familia».

Adela regresó y, al poco tiempo, su país fue sometido a la ley marcial. Ya en la universidad, entró en contacto con estudiantes activistas que se oponían a la dictadura y pronto ingresó en un grupo que organizaba la resistencia popular. Conforme se extendía la oposición, la familia de Adela, sus padres, hermanos y hermanas, se incorporaron a la resistencia en el vecindario.

El régimen reaccionó intensificando la represión. La policía militar ocupó barrios enteros, asaltó casas y detuvo sospechosos. Los dos hermanos mayores y un tío de Adela desaparecieron. Nunca más se supo de ellos.

Cada Navidad, la familia de Michigan le enviaba una tarjeta y una calurosa carta con noticias hogareñas y recuerdos de los momentos felices que pasaron juntos. Adela, implicada en las luchas clandestinas y a la búsqueda de sus familiares desaparecidos, no contestaba.

Varios años después, cuando se levantó la ley marcial, Adela volvió a la universidad para terminar sus estudios. En diciembre, recibió la tarjeta y la carta de Michigan. Le preguntaban por sus estudios y su familia. Cuando abrió el sobre, se encontraba con un amigo en una cafetería. Le mostró la carta y le contó su estancia en los Estados Unidos.

–¿Por qué no les escribes y les dices lo que pasó con tu familia y tus compañeros?

Adela vaciló.

–Es un mundo tan distinto al nuestro... No lo entenderían.

–Quizá vaya siendo hora de que aprendan unas cuantas cosas de este lado del mundo. Al fin y al cabo, su gobierno apoyó la ley marcial.

–Ya veremos –respondió Adela de mala gana.

Al caer la tarde, una vez que terminó de preparar un examen para la Facultad de Medicina, Adela sacó la carta. A través de la ventana observó la calle embarrada, todavía repleta de vendedores ambulantes.

Empezó a teclear en la máquina de escribir. Les habló de sus estudios y de recuerdos agradables del pasado. Les preguntó por su hijo y por su hija. Les detalló también la tortura y desaparición de los miembros de su familia por haberse opuesto al régimen. Al día siguiente, echó el sobre en el buzón.

Un mes más tarde, recibió una carta de la familia de Michigan.

La abrió. Sólo había dos frases: «No vuelvas a escribirnos. No queremos saber nada más de ti.»

Adela la leyó una segunda vez y, luego, la tiró a la papelera. Se levantó, salió a la calle, esquivó los charcos y subió a un ómnibus abarrotado.

Índice

Reunión en la cumbre

Fue una reunión verdaderamente internacional de mafiosos especializados en la trata de blancas, la más importante que se recuerda. Acudieron capos de Tirana, Moscú, Tel Aviv, Palermo, Nueva York, Los Ángeles, París, Praga, Budapest y Bruselas. Tuvo lugar en «tierra de nadie» – Atenas– para evitar que algunos participantes intentasen asesinar a sus rivales y aumentar con ello su parte del mercado.

Que nadie piense que los movían principios nacionalistas, pues en la era de la globalización todos ellos comerciaban a través de redes internacionales. Los trajes de diseño le daban al grupo un aire de organización mundial de comercio.

Cuando empezó la discusión, estaba claro que había dos grupos enfrentados, los proteccionistas y los liberales. Los capos de la vieja economía –Palermo, Nueva York, París y Bruselas– procuraron negociar acuerdos para reservarse mercados nacionales y regionales, mientras que los agresivos mafiosos de las nuevas economías de Tirana, Moscú y Tel Aviv, partidarios confesos del libre mercado neoliberal, buscaron abrirse camino hacia el oeste y se opusieron a cualquier restricción contra el comercio de la carne. Dada la enorme reserva de posibles prostitutas que existía en los antiguos países comunistas y la nueva influencia política de que gozaban los mafiosos, éstos se sentían capaces de reducir los costes de la mano de obra para aumentar así su parte del mercado.

Los intentos de forjar alianzas entre viejos y nuevos tratantes de blancas se toparon contra la cuestión del quién ejercería el control. El bando de israelíes de origen ruso y ucraniano y la conexión musulmana albanobosnio-kosovar estaban desplazando a las viejas mafias occidentales en los mercados de la Unión Europea y de América del Norte.

Fyodr Berzofsky lo dejó bien claro:

–Nosotros controlamos la materia prima y la distribución, elegimos presidentes y tenemos la mejor carne del mercado: rubias frescas, de ojos azules.

Los capos de Palermo, Nueva York y Los Ángeles se quedaron de piedra. El siciliano ya no controlaba primeros ministros, se veía obligado a comprar en el mercado albanés y a enfrentarse con sus proxenetas importados, y ello no sólo en Milán y en Roma, sino incluso en la plaza principal de Palermo.

–En vuestros países no hay ni orden ni concierto –escogió con cuidado sus palabras–, pero cuando entráis en nuestro territorio, en nuestros mercados como los llamas, tenemos reglas, que hemos elaborado a lo largo de los años con los políticos locales, con la policía... e incluso con la Interpol. –Dejó caer esta última palabra para que los nuevos mafiosos se dieran cuenta de que no gozaban de total impunidad fuera de sus fronteras.

–¿Qué me cuentas de la Interpol? –preguntó con sorna el albanés–. Kosovo está lleno de funcionarios internacionales, que son nuestros mejores clientes, incluso los ayudantes de Bernard Koucher vienen a nuestros burdeles. Tenemos fotos de todos ellos. –Miró con estudiada condescendencia al italiano.

El capo de Nueva York se quedó esperando una áspera respuesta de su compañero.

Pero el italiano no alzó la voz, habló con calma:

–Habéis salido adelante porque podéis jugar la carta del refugiado, como si fuerais víctimas de la guerra. Los yanquis y la OTAN necesitan vuestra organización y a vuestros bufones políticos para que los yugoslavos muerdan el polvo. Pero una vez que se deshagan de ellos, irán por vosotros. También nosotros ayudamos a Eisenhower y a Truman después de la Segunda Guerra Mundial para deshacernos de los comunistas en Sicilia. Y, luego, se volvieron contra nosotros. Menos mal que teníamos gente infiltrada entre los demócratas cristianos y que nuestros banqueros estaban en el Vaticano, por eso sobrevivimos.

El mafioso ruso bostezó de aburrimiento.

–Y nosotros colocamos a Havel, a Yeltsin... y ahora a Putin o al que sea. Todos ellos están en venta, de una manera o de otra. Uno sabe cuando piden más dinero porque suben los decibelios del discurso de la corrupción. Les damos unos cuantos dólares para que los elijan y no pasa nada.

–Óyeme bien, podemos aprovechar nuestras ventajas mutuas si trabajamos juntos. Pero también podemos degollarnos unos a otros y perderemos todos –replicó el capo marsellés–. Yo creo que es mejor que trabajemos juntos.

–¿Y si os compramos el negocio? –dijo el israelí con una sonrisa jocosa.

Los albaneses bostezaron.

–No cuentes con mi dinero, porque llevamos las de ganar. ¿A quién le importa la antigua historia de la trata de blancas siciliana? En aquel entonces yo estaba paleando estiércol en una granja colectiva al norte de Tirana. ¡Eran otros tiempos! Ahora consigo dos mil ejemplares de carne fresca en el mercado o en las calles de veinte ciudades y en dos continentes. Ése es el mejor trato.

Todos ellos conocían la reputación del albanés, que solucionaba los problemas sin salirse del círculo familiar. Corría la historia de que cuando una de sus muchachas de Kosovo se escapó del burdel y encontró refugio ante la Cruz Roja, uno de sus primos fue a buscarla, la sacó de allí, la llevó de nuevo al burdel e invitó a media docena de soldados yanquis a una noche de juerga. A la mañana siguiente, le cortó cuatro dedos y se los sirvió en el desayuno a las otras putas.

El capo albanés se jactó ante sus colegas extranjeros de las proezas de su primo.

–Lo ha entendido bien. No volverá a apalearse estiércol.

La petulancia del albanés disuadió al israelí.

–Nosotros hacemos las cosas de otra manera – respondió conciso.

La reunión se prolongó. Los capos de la trata de blancas de la nueva economía iban ganando la partida.

–¿De qué teníamos que hablar? ¿Para qué nos hemos reunido? –dijo con desdén el albanés–. Yo vivo en el mejor de los mundos. No engaño a nadie ni nadie me engaña. Llamo por el móvil y hablo con todos los chulos de cualquier esquina de Milán o de Bruselas o de cualquier sitio. Si una puta no está en la calle me entero en cinco minutos y le dan enseguida unas patadas en el culo. La alta tecnología es una maravilla para el negocio.

El israelí lo miró como se mira a un advenedizo que ha crecido con demasiada rapidez. Le escupió las palabras:

–Nosotros no necesitamos tu carne fresca, como tú la llamas. Tenemos nuestro propio vivero en Ucrania y en Rusia. Vienen a buscarnos para viajar a los Estados Unidos y terminan follando por la cama y la comida en un burdel de Tel Aviv. Imagínate, las hijas rubias y pechugo-

nas de los antisemitas bailando en brazos de generales judíos. ¿A quien le importan los albaneses y los sicilianos?

Se levantó y se fue. Sus voluminosos guardaespaldas rusos lo siguieron.

El albanés y el ruso salieron a continuación.

Los capos de Sicilia, de Nueva York y de París se miraron entre sí.

–Supongo que la reunión se ha terminado, muchachos. No hay trato. No hay nada que hacer –dijo el francés.

–No –contestó el siciliano–. Las albanesas necesitan visas de refugiado. Ahí los esperamos, porque tenemos el control de la inmigración. De todos modos, siempre podemos comprar en las subastas de Macedonia. Venden barato y por eso podemos competir en la calle. Además, las muchachas están mejor con nosotros, que no cortamos dedos.

Soltó una carcajada y se levantó.

–Si no puedes vencerlos, únete a ellos.

Índice

El campanero

Contrariamente a su hábito desde que tenía uso de razón, aquel día Ibrahim despertó antes del amanecer. Metió los pies en las babuchas que estaban al lado de la cama, tomó la cajetilla de fósforos que descansaba sobre la mesilla, encendió una vela y luego, con ésta, prendió una pequeña cocina de queroseno. Se puso en pie y se desperezó, pero no miró por la ventana para ver cómo estaba el tiempo, como solía hacer. El estruendo de la artillería y el repiqueteo de las ametralladoras lo disuadieron de esa práctica habitual. Se miró en el espejo, de cerca, y luego abrió el grifo. No había agua. Se lavó en un balde que sí tenía y se secó la cara con la toalla que colgaba al lado del lavabo. Luego, volvió a ponerla en su lugar, pulcramente doblada. Se quitó el pijama, lo puso doblado bajo la almohada y estiró las sábanas y las mantas con esmero.

Se dirigió hacia el pequeño quemador para hacer el café. Sacó el viejo pan negro de la alacena, cortó dos rebanadas y lo volvió a guardar en su lugar. Abrió la heladera. No estaba fría. Sacó la mantequilla blanda y untó el pan. Cortó una rebanada de queso, que procedió a trocear. Se sirvió el café en una taza azul y, en un plato floreado, llevó el queso y el pan con mantequilla hasta una mesa pequeña de madera.

Encendió la radio, pero no emitía ningún sonido. En las cercanías cayó una bomba que hizo temblar el edificio y casi apagó la vela. Ibrahim hizo un hueco con su mano en torno a la llama, como para protegerla de intrusiones

violentas. Mojó el pan crujiente en el café y lo comió con un pedazo de queso. Cuando terminó, recogió el plato y la taza y los llevó al fregadero. Abrió el grifo, pero seguía sin salir agua. Sacó otra taza del balde, lavó los platos y los dejó a secar. Con un trapo limpió todas las migas de la mesa. Buscó la regadera y, con las últimas gotas, regó las plantas. Lanzó una mirada furtiva por la ventana, hacia su jardín: los rosales estaban pisoteados y había gente de uniforme por todas partes.

«Hoy no puedo regar las plantas», se dijo para sus adentros. «Los soldados han quebrado las ramas, pero si las raíces no han sufrido, las flores volverán a brotar de nuevo, cuando se vayan». Hablaba más consigo mismo que con cualquier otra persona. Vivía solo desde hacía diez años, cuando murieron sus padres.

Buscó debajo de la cama y sacó sus zapatos. Una leve sonrisa le cruzó la cara. «Ella trataba de ayudar, pero lo desordenó todo. Me enrabiaba, porque ponía las cosas en el lugar equivocado.» Se refería a su cuñada, que varios meses atrás intentó ordenarle de nuevo el apartamento. Había puesto sus zapatos en el armario y los cuchillos y las cucharas en el cajón y sacaba las mantas para ventilarlas. Ibrahim no apreció la ayuda y volvió a ponerlo todo en su lugar.

–Tú necesitas una esposa, una mujer que te cuide –le había dicho su hermano.

Él lo había escuchado con respeto, pero no respondió.

–¿Quién te va a cuidar cuando seas viejo o si nosotros nos mudamos?

Ibrahim había vuelto los ojos, perplejo. «Yo soy joven», se dijo más tarde, mientras se miraba al espejo.

Justo cuando estaba en pie frente a la cama, hubo una tremenda explosión en el piso de abajo. Su apartamento se

llenó de esquirlas de vidrio, las cortinas volaron hacia adentro y el suelo tembló bajo sus pies.

Ibrahim se arrastró por el piso, recogió los pedazos de vidrio y tapó la ventana con la tabla de picar. Miró afuera, hacia la plaza de la Iglesia de la Natividad, y vio un tanque monstruoso con su enorme cañón apuntando hacia la puerta del recinto sagrado. Ibrahim cayó de rodillas, el miedo le oprimió el corazón, rezó en árabe y luego sacó una cruz de debajo de su camisa. La miró.

«Son las seis», pensó «la misa empieza dentro de poco».

Había un fuego continuo de ametralladoras, se oían las órdenes de los soldados, los gritos de los heridos. Se puso el abrigo, la gorra y anudó la bufanda alrededor de su cuello. Un gato grande y negro se frotaba contra su pierna. Cortó un poco de pan, lo remojó en leche y lo puso en un tazón. Salió y bajó las escaleras. Todas las puertas estaban atrancadas, pero podía escuchar el llanto de los niños y los murmullos de sus padres. Cuando llegó al final, la puerta de un apartamento se abrió de pronto y una pareja de ancianos se paró frente a él. Eran pequeños, les temblaban las manos y estaban llenos de miedo.

—¿A dónde vas, Ibrahim?

Señaló hacia la iglesia.

—Voy a tocar la campana. ¿Quieren que les traiga algo al regresar?

—¡Ibrahim! Hoy no hay misa. Las tiendas están cerradas. No hay comida. Hoy los soldados han cerrado la iglesia. Nadie puede dejar su casa. Están matando a todo el que encuentran por la calle. Tienes que volver a tu cuarto y esperar.

Frunció el ceño. Abrió la puerta. Frente a él estaba el monstruo de hierro. Los viejos se encerraron con celeridad y le hablaron desde dentro:

–¡Ibrahim, no te dejes ver! Están matando a todo el mundo. Si te pegan un tiro en la calle nadie te va a ayudar. Les disparan a los médicos. Te vas a pudrir donde caigas, porque ni siquiera los curas ni los de las pompas fúnebres se van a hacer cargo de tu cadáver. También los matarían a ellos.

Dudó un poco. Pero si todo el mundo lo conocía en Belén... En los grises amaneceres de los últimos veinticinco años se había levantado y había caminado hasta la puertecita que está al costado de la entrada de la iglesia. Día tras día había entrado y se había persignado en el lugar santo en que nació Jesús y luego había subido las escaleras que llevaban al campanario. Seis toques para la primera misa del día, ocho para la misa de la mañana, cuatro para un casamiento, tres para un bautismo y diez para un funeral. Con todas las muertes de los últimos tiempos, parecía como si las campanas de la iglesia estuvieran siempre sonando. Al final, terminaba con las manos entumecidas.

Comenzó a caminar calle abajo, mirando hacia el frente, como para transmitir a los malhechores el mensaje de que sólo se dirigía hacia la puerta lateral, de que sólo iba a tocar las campanas para llamar a los fieles, como había venido haciendo día tras día durante el último cuarto de siglo. Iba sólo a dar seis golpes de campana. Sin armas, con las manos abiertas a ambos lados de su cuerpo.

Caminó frente al tanque y sintió el calor del metal. El olor a diesel quemado le penetró en la nariz. A su izquierda, cerca de la entrada de la iglesia, había un cuerpo decapitado y la sangre salpicaba el pavimento y la puerta. De repente, sintió miedo y aceleró el paso. Sólo estaba a diez

metros de la iglesia cuando se escuchó un disparo y, luego, varios más.

Ibrahim se dio la vuelta. Sus labios se movieron.

–¿Por qué yo?

Las campanas no doblaron diez veces por el campanero. Era sólo un palestino en la tierra del Gran Israel.

Índice

El Rey de Babilonia y el nacimiento del Salvador en Belén

Su abuelo era un inmigrante de Palestina. Su padre, un comerciante de piedras preciosas en Bagdad. Él, en su juventud, fue halterófilo olímpico. En su ciudad lo llamaban «El Rey».

Una noche, recibió un mensaje del exterior, según el cual iba a nacer un niño que salvaría a su pueblo de las siete plagas: ocupación extranjera, hambre, enfermedades, dictadores, el pueblo elegido, dirigentes fanticos y desempleo. Le ordenaba que siguiera una estrella brillante para dar la bienvenida al Salvador.

El viaje a través de Babilonia era peligroso a causa de la ocupación extranjera. Necesitaba disfrazarse de colaborador, pero ¿dónde conseguir la vestimenta? Un policía murió estrangulado en el vecindario y apareció sin uniforme. Éste sólo le fue útil hasta el centro de la ciudad, donde los soldados de las fuerzas de ocupación podrían detenerlo. Para evitarlo, se afilió al Partido Fanticos y obtuvo un salvoconducto. Llegó a la frontera confundido entre los soldados. Presenció el asesinato de un niño de nueve años, la violación de una muchacha, la desnudez forzada de una madre ante su hijo y el ultraje de la hija.

Una tarde, un soldado solitario le dio el alto y maldijo a su pueblo. Sin decir palabra, El Rey lo estranguló. Eran todos iguales: blancos o negros, españoles o polacos, estaban allí para la conquista y el pillaje.

Por la noche, la estrella lo llamó. Pasó a Siria. En el camino a Damasco, gentes extranjeras lo invitaron a compartir pan y carne de cabra con voluntarios que viajaban a su país para unirse a la resistencia.

En la frontera de Israel, disfrazado de comerciante hebreo, adujo que había huido de la opresión de los terroristas árabes y musulmanes. Cuando llegó a la Tierra Prometida, vio un muro faraónico custodiado por soldados con ametralladoras.

Se dirigió hacia el sur por una nueva autopista. A lo lejos, contempló casas destruidas y pilas de troncos y ramas de olivos, limoneros y naranjos, convertidos en leña para calentar a palestinos desahuciados sin hogar.

Es de noche, víspera del 24 de diciembre y hace mucho frío. Aún va ataviado de comerciante de joyas hebreo.

El Rey está seguro de que vigilan cada uno de sus pasos, pero confía en el Espíritu Santo y en su ingenio.

–Ni es hebreo ni comerciante, pero lleva joyas e incienso y parece un forzudo de circo –informó el oficial judío del puesto fronterizo a su superior militar en Tel Aviv.

–Déjelo pasar. Nos conducirá al nido de víboras y allí los mataremos a todos –le ordenó.

A la mañana siguiente, El Rey siguió camino por la autopista. A un lado había hermosos jardines, piscinas, pistas de tenis e invernaderos con tomates maduros, al cuidado de inmigrantes de países pobres; al otro, tierras yermas, veredas polvorientas, pozos secos y unos cuantos pastores que guardaban cabras en colinas de escasa vegetación.

Entró en la ciudad de Jerusalén. Desde la estación terminal de autobuses anduvo por calles estrechas y entró en una tienda para comprar un bonete negro de terciopelo que hiciera juego con su barba y su vestimenta. Un taxista

lo llevó a Belén. Las calles estaban repletas de coches y transeúntes, los cafés y las pizzerías atiborradas de jóvenes que escuchaban música ruidosa, mientras santos varones con sombreros negros se abrían paso a codazos entre la muchedumbre.

Conforme avanzaba por las calles de la ciudad, vio los rostros pintarrajeados de rubias polacas, ucranianas y rusas, recostadas en los soportales de las casas, con provocativos vestidos de faldas cortísimas. Vio criadas filipinas que llevaban bolsas de la compra a la zaga de señoras con abrigos caros y botas de cuero.

Sabía que no viajaba solo.

Una larga cola de palestinos soportaba el frío de medianoche ante un puesto de control a las afueras de Belén: trabajadores, familias y, junto a ellos, un grupo de hombres y mujeres medio desnudos, sometidos a interrogatorios y cacheos. El Rey no exteriorizó lo que sentía, pero reconoció cada acto, cada ignominia: aquellas fuerzas de ocupación eran la misma gente que en Babilonia. Una vez escaneados sus documentos, le permitieron pasar, mientras los demás permanecían allí, ahítos de sorpresa y de ira.

–Los judíos sólo se preocupan de los judíos –refunfuñó un viejo árabe.

El Rey no sonrió.

Las calles de Belén estaban en silencio y el cielo encapotado. Pasó por la plaza y por el lugar donde en otros tiempos hubo una iglesia memorable. Alzó la vista y la estrella se le apareció entre las nubes. Enfrente había un pequeño edificio con un signo en lengua árabe: «Hospital de Belén».

Mientras entraba, el reloj dio la medianoche. El personal se asustó al ver a aquel hombre cetrino, barbudo, musculoso, con un bonete en la cabeza.

–Un colono –gritó la recepcionista–. ¿Qué quiere? –le preguntó.

–Vengo a visitar al Salvador –contestó El Rey–. Le traigo regalos de incienso y joyas.

La recepcionista señaló su bonete y El Rey se lo quitó.

–¿Cómo se llama su Salvador? –le preguntó.

El Rey estaba mencionando los nombres de María y José de Nazaret y del recién nacido Jesús cuando entraron otros dos extranjeros, que también buscaban al Salvador. Los tres Reyes se abrazaron.

En la penumbra del pasillo se escuchó el llanto del recién nacido. El hospital olía a química y orina.

Apenas cupieron en la diminuta habitación donde María amamantaba a Jesús. José, el viejo carpintero, contemplaba a ambos lleno de orgullo y alegría, con su gorro en la mano.

Los tres Reyes inclinaron la cabeza, ensalzaron al Salvador y desataron sus bolsas. El aire se impregnó de un dulce incienso y la habitación resplandeció con las piedras preciosas. El niño Jesús sonrió.

Un estruendo de puertas derribadas, cristales rotos y gritos de pacientes, médicos y enfermeras interrumpió aquel momento de gozo. Se oyeron disparos, órdenes en hebreo y ruido de botas.

Los tres Reyes cerraron filas para proteger a la madre y al Salvador de la violencia. Los soldados israelíes les apuntaron con sus armas, pero ellos no se movieron. El oficial amenazó con abrir fuego.

Entonces, El Rey de Babilonia le dijo en un hebreo defectuoso:

–Iremos con usted, pero el Salvador debe quedarse con su madre.

El oficial empezó a ladrar órdenes a sus soldados conforme los tres Reyes abandonaban la habitación. Tiró del cobertor que tapaba a María y dejó al aire sus pechos y su vientre. El niño Jesús rompió a llorar.

El Rey de Babilonia agarró por el brazo al oficial y lo atrajo hacia él. El israelí bramó de dolor.

–Cuando los hijos del Salvador cesen de llorar y las tierras ocupadas sean libres, también tú dejarás de dar órdenes, pues tu pueblo tendrá que plantar de nuevo los olivos y cultivar los campos y compartir la tierra y el agua con los palestinos, no lo olvides. Y las putas que habéis traído aquí regresarán con sus familias a sus casas, y los filipinos se ocuparán de sus propios hijos y comprarán en sus propios mercados, y tendréis que reconocer que no sois ningún pueblo elegido, sino igual que el resto de la humanidad. Así sea.

El Rey se dio la vuelta y volvió con sus dos camaradas.

Los israelíes anunciaron la captura de tres terroristas extranjeros. El presidente de los bushitas, protectores de los israelíes, los felicitó. Los medios de comunicación diseminaron por el mundo la noticia de su captura.

Fueron torturados durante cuarenta días y cuarenta noches. Se decía que los israelíes y los bushitas colaboraban en Babilonia. Los israelíes compartieron la información, pero no las piedras preciosas. El Rey de Babilonia se negó a hablar. Cuando estaba a punto de dar el último suspiro, sus ojos cavernosos desafiaron a los torturadores israelíes y a sus discípulos bushitas, y de sus labios partidos surgieron estas palabras:

–Ocuparéis nuestro país y mataréis inocentes, pero nunca conquistaréis a nuestro pueblo. Seréis expulsados

de nuestros campos y nuestras plagas os perseguirán hasta los confines de la tierra.

Luego, expiró. Y aquella noche se escucharon tremendas explosiones desde Babilonia a Palestina. Y el Alto Mando israelí no emitió comunicado alguno, porque, según dicen, también ellos sufrieron muchas bajas.

Índice

Adiós al rey Hussein

Dos hombres de trajes oscuros y gafas negras contemplaban desde un balcón el cortejo fúnebre del rey Hussein y, en voz baja, intercambiaban comentarios sin dejar de observar a la muchedumbre y a las personalidades que desfilaban por la avenida en sus limusinas. De vez en cuando, lanzaban miradas furtivas a los tejados y ventanas de los edificios vecinos. El más alto, de rasgos angulosos, era un agente de la CIA. El otro, un jefe de seguridad del Mossad, la policía secreta israelí.

Ambos, que habían pasado la vida entera en el Oriente Próximo, estudiaban con cínica malicia la pompa, el brillo y el elenco de los líderes políticos mundiales allí reunidos. La verdad es que la lista de elogios ditirámicos dedicados a un gobernante que durante toda su vida había sido un lacayo de sus gobiernos los dejaba bastante fríos.

Cuando pasaron los tres ex presidentes de los Estados Unidos, el funcionario de la CIA le comentó a su colega con una voz inexpresiva y deliberadamente baja:

–Los sirvió a todos, ya fueran republicanos o demócratas, con igual celo y lealtad, así que lo menos que se merece es un elogio de la lengua libidinosa de Clinton.

Cuando pasaron los israelíes, el agente del Mossad hizo un gesto en dirección de Ariel Sharon.

–Menudo pájaro, el Hombre de Acero. Intentó imitar a Hussein en la matanza de los palestinos, pero por muchos muertos que hubiera en Sabra y Shatila, no estuvo a la altura del Septiembre Negro del rey. –Paró de hablar y lue-

go continuó—: Hussein ha sido el mejor administrador no israelí que hemos tenido nunca en los territorios palestinos ocupados. Y nos salió barato. Le encantaban sobre todo las putas rubias rusas emigrantes, que le conseguíamos sin ningún problema. Solía insistir en que tuvieran un certificado de buena salud para evitar cualquier sorpresa con su mujer. Nos dijo que al final se llevaba bien con ella.

Sin quitar los ojos del cortejo, el agente de la CIA tomó la palabra:

—Ahí va Clinton. Su estatura moral está una raya por encima de la del rey. Él sirve a sus jefes corporativos, mientras que Hussein sirvió a los servidores del poder.

El del Mossad hizo una mueca.

—Ahí está Bibi Netanyahu. Ha venido a ver si por aquí hay algún terreno para construir asentamientos y preguntarle a la reina Noor si puede devolverle el pepino que le metió a su Majestad por el culo por haber obtenido la firma de Arafat en el Acuerdo Wye.

El de la CIA levantó sus gemelos e hizo una pausa.

—Bush, Ford y Carter están entrando en la mezquita. Le deben algo. En tiempos de Ford y Carter le enviábamos un cheque mensual. Para Bush, en cambio, trabajó gratis.

El del Mossad lo interrumpió.

—No, de eso nada, Bush hizo que el Mossad le enviase los cheques. Tenía una docena de putas inglesas con gustos muy caros. Yo he tratado con toda clase de gente, pero este tipejo me sorprendió por su servilismo. Como te lo cuento.

El de la CIA respondió:

—Yo estaba en el equipo de inteligencia de la reunión de Wye, en Maryland, y nunca pensamos que Hussein se fuera a levantar de la cama en la Clínica Mayo para convencer a Arafat de que aceptara un montón de arena. Fue

increíble. Estaba pálido, calvo a causa de la quimioterapia, parecía un muerto ambulante, pero era leal como un perro ovejero y llevó a Arafat a la mesa de las firmas sin sacar nada a cambio. Por eso, los del *Times* piensan que ha sido uno de los hombres más grandes del siglo XX.

El del Mossad dirigió los ojos a la muchedumbre.

–Los profesores y los funcionarios que tenía en nómina han venido en masa, pero apuesto que la mayoría de los palestinos están llorando de alegría, no de pena.

El otro asintió.

–Nosotros adulteramos las cifras sobre el número de palestinos que mató durante el Septiembre Negro en los años setenta, y de veinte mil lo dejamos en dos mil. Además, las agencias de prensa dijeron que fue una «guerra civil».

El agente del Mossad frunció el ceño.

–Nuestros periódicos hablaron de veinte mil muertos y llamaron a las cosas por su nombre. Tenemos en la prensa un montón de hijoputas que disfrutaron sacando a la luz la colaboración secreta de Hussein con nosotros. Tuvimos que montar una casa oculta en Tel Aviv para que viniera a desembuchar. Si hubiera un político judío como él, yo personalmente lo habría colgado de los dedos de los pies.

El de la CIA no se alteró por este arrebató. Despreocupadamente, replicó:

–Es una herencia familiar. Su abuelo Abdullah trabajó para los británicos hasta que lo mataron a tiros. Luego, llegamos nosotros, nos convertimos en sus protectores y él en nuestro hombre.

–No sé si es algo genético, pero Ben Gurion una vez le dijo a mi padre que tenían una casa secreta en Tel Aviv para discutir con el abuelo de las maneras de repartirse las tierras palestinas. Desde principios de los años sesenta

Hussein fue a Israel a ofrecer sus servicios a cada nuevo dirigente, excepto Begin –se jactó el del Mossad.

El de la CIA empezaba a parecer irritado.

–Cuando lo pusimos en nuestra nómina le dijimos que desde el punto de vista estratégico le interesaba doblegarse a Israel.

El del Mossad sonrió.

–Hemos estado compartiendo la misma puta en días diferentes. Tenemos intereses comunes y esclavos comunes –le dijo con sorna a su compañero.

Pasaron varios minutos en silencio, mientras miraban el final del cortejo. El del Mossad se quitó las gafas negras y examinó el rostro del otro.

–Sabes, es posible que Hussein fuera un payaso, pero al final representó un papel clave en uno de los momentos decisivos de nuestra historia.

El de la CIA asintió, como animándolo a que continuase.

–Antes de la Guerra de 1973, nos proporcionó la información precisa sobre los preparativos egipcios y sirios... fechas, horas, posiciones. Lo tomamos en serio, pero los políticos creyeron simplemente que estaba tratando de congraciarse con nosotros. Aquella información nos salvó de una posible derrota. Luego, para cubrirse las espaldas ante sus amigos árabes, envió una brigada simbólica a luchar con los sirios. Un día, llamó a mi superior y le dijo que dejásemos de disparar contra los Altos del Golán entre el mediodía y las 2 de la tarde. Iba a arengar a sus soldados sobre la unidad sagrada de la nación árabe. Una vez que se fue, los mandamos al paraíso a bombazos.

Los dos hombres pasaron al apartamento vacío, un zulo de la CIA. El estadounidense abrió la puerta de salida y le susurró a su compañero:

–Deberíais enseñarle al nuevo rey un árabe decente. Habla como un árabe yanqui de tercera generación.

–Eso no importa. Controla las unidades de comandos especiales y a todos los generales beduinos. Cuando alguien tiene las armas, la policía secreta y el apoyo de nuestros servicios, puede hablar chino si lo desea.

Salieron a la calle. El del Mossad invitó a su colega a tomar un trago en una cafetería al aire libre. El yanqui se sentó, alargó la mano y tomó un ejemplar del *New York Times*.

–A tu salud.

–A la tuya.

–Escucha esto –empezó a leer en la primera página–. «En las capitales del mundo entero, los jefes de Estado rindieron homenaje a la sabiduría, el coraje y la humildad de un hombre que algunos consideran como una de las grandes figuras del siglo XX».

El israelí soltó una carcajada.

–Para haber sido un dictadorzuelo que amordazó la prensa, se burló de su parlamento y reprimió a su pueblo durante cuarenta y siete años, eso es un auténtico homenaje.

–Y te olvidas de su sabiduría al haber trabajado a sueldo para nosotros –añadió el hombre de Langley.

–Esta clase de elogios en la primera página del *New York Times* es un incentivo para que otros clientes, como Arafat, vendan a su pueblo y trabajen a nuestro servicio. Desde luego, pueden estar seguros de que lograrán un montón de superlativos en el Libro de los Records de tu país –añadió el israelí, mientras le hacía señas al camarero para que les pusiese otra ronda de *schnapps*.

Se la bebieron de un golpe y pidieron una tercera.

–Bueno –el israelí frunció el ceño. Tenía la cara enrojecida–, para mi gusto, se volvió demasiado sentimental y grotesco. Hombre, nosotros no dijimos nada, pero la verdad es que nos sorprendió cuando vino hace un par de años y se puso de rodillas ante aquellas familias israelíes a las que les habían matado familiares y les dio el pésame. Fue espeluznante, sobre todo después de que el hijoputa de su hijo hubiera masacrado a su propio pueblo porque protestaba contra el precio del pan al sur de Jordania. Después de aquel teatro, Bibi dijo, «a tomar por culo», y envió a dos de mis compañeros a Jordania para que asesinaran a un líder de Hamas.

–Sí, pero aquello hirió los sentimientos del rey –contestó el de la CIA–, sobre todo cuando hicisteis una chapuza en Ammán y se quedó con el culo al aire.

–Eso es lo que más le jodió, que se le viera el culo. Siempre hemos tenido permiso para hacer lo que nos dé la gana en el reino hachemita –sonrió con socarronería el del Mossad–. Sois nuestra única competencia, sobre todo a través de su mujer.

El otro puso cara de póquer.

–No siempre habéis sido los aliados leales que decís que sois. Nosotros obtenemos nuestra propia información y tenemos nuestros propios infiltrados. ¿Te acuerdas de Pollard?

El israelí lo miró a los ojos y pensó para sus adentros, «este tío es probablemente uno de esos antisemitas que mencionaba Sandy».

Se dijeron adiós sin un apretón de manos.

Índice

Méndez Arceo, el obispo rojo de Cuernavaca

Era muy temprano cuando recibí una llamada telefónica del Tribunal Popular sobre la Represión en Italia. Gianni, el secretario, me preguntó si estaba dispuesto a formar parte de un grupo de trabajo de dos personas junto a don Sergio Méndez Arceo, el obispo católico de Cuernavaca (México). Se trataba de documentar la necesidad de un Tribunal sobre El Salvador. Estábamos en 1981, mil personas morían asesinadas cada mes en el país centroamericano y los Estados Unidos depositaban un millón de dólares diarios en los cofres de aquella «democracia de escuadrones de la muerte».

Acepté participar en una visita de dos semanas, incluso si el régimen que apoyaban los Estados Unidos no mostraba más respeto por la vida de los activistas de los derechos humanos que por los maestros ordinarios. Tampoco el pasaporte estadounidense me ofrecía mucha protección. Varias monjas de mi país habían sido violadas y asesinadas un par de meses antes. Tras una noche agitada, hice la valija y volé a la Ciudad de México, donde tenía que encontrarme con el obispo y varios exiliados salvadoreños, activistas de los derechos humanos, para planear nuestro itinerario.

Dormí un poco y, por la mañana, me reuní con Méndez Arceo para el desayuno. Era un hombre enorme, poderoso, de calvicie incipiente y una presencia formidable

que, de vez en cuando, atenuaba con sardónico sentido del humor. Nos caímos bien, lo cual fue un buen comienzo, puesto que íbamos a trabajar juntos en terreno claramente precario. A las 10 vinieron los activistas salvadoreños para hablar de la situación. Habían escapado en fechas recientes después del secuestro de varios compañeros de trabajo, cuyos cadáveres aparecieron después en un vertedero de las afueras de San Salvador. Trajeron con ellos una cartera llena de documentos que describían con detalle los nombres, fechas, ocupaciones y circunstancias de aquellos recientes asesinatos. Nos sentimos abrumados por el alcance de las matanzas y el asombroso contraste entre las violaciones de los derechos humanos y las declaraciones provenientes de Washington, que los medios de comunicación repetían como papagayos. Asesinatos a plena luz del día en las calles del centro de la capital, secuestros a pocos metros del Palacio Presidencial, pueblos enteros sistemáticamente destruidos, sus habitantes exterminados a machete o internados en campos de alambradas o huidos a las montañas circundantes.

Más que nada, me sentí horrorizado por el apoyo entusiasta de Washington al genocidio y por la complicidad de los líderes de los dos partidos principales y de la mayor parte de los creadores de opinión de la sociedad salvadoreña. Pero también me sentía incómodo, por no decir temeroso, de meterme en la boca del lobo.

Conforme avanzaba la mañana, la relación de los asesinatos de masas era cada vez más espantosa y más grotescas las atrocidades de los escuadrones de la muerte patrocinados por el Estado.

Por fin, hablamos de los detalles de nuestro viaje. Los salvadoreños insistían en que fuésemos a El Salvador y

también en que nos entrevistásemos con refugiados y exiliados en México, Honduras y Costa Rica.

–Es importante que ustedes hablen con los activistas de los derechos humanos en San Salvador. Ellos les contarán las últimas salvajadas –dijo uno de los más jóvenes.

Miré a Méndez Arceo. Me parecía suicida el viaje a El Salvador. No llegaríamos desde el aeropuerto a la capital. Pero no dije nada. Estaba dispuesto a hacer lo que él decidiera. Al fin y al cabo, si un obispo católico decidía arriesgarse, no sería yo quien se echase atrás.

Méndez Arceo miró al grupo de salvadoreños. Se inclinó hacia atrás en su silla.

–¿Qué les hace pensar que no nos matarán? Si asesinaron al arzobispo Romero, ¿por qué iban a respetar a un humilde obispo?

Los rostros de nuestros interlocutores se iluminaron con una sonrisa. Insistieron en que los líderes de los derechos humanos de la diócesis nos recibirían en el aeropuerto.

–No los matarán y es importante para la moral del pueblo que usted vaya en persona.

Pero Méndez, para alivio mío, no cedió.

–Hay miles de refugiados en Costa Rica y Honduras. Podemos obtener tanta información de ellos como dentro del país. Además, si entramos en El Salvador, nos seguirán y la policía secreta probablemente eliminará luego a nuestros contactos.

De manera que decidimos centrarnos en entrevistar refugiados y nos dirigimos a Costa Rica. Nos fijamos varios objetivos. En primer lugar, debíamos documentar el mayor número posible de abusos contra los derechos humanos en El Salvador y, en segundo, apelaríamos ante el gobierno costarricense para que tratase mejor a los refu-

giados, ya que estaban confinados en campos y no se les permitía trabajar o establecerse en el país.

Conforme volábamos hacia San José, le pregunté a Méndez cómo fue que se había interesado en las luchas populares.

–Al principio, cuando fui a Roma a estudiar, me sentí atraído por la doctrina corporativista de algunos filósofos políticos italianos y españoles y por las encíclicas papales. Me gustó la idea de un sistema político en el que todas las clases trabajadoras tuvieran representación directa y cooperasen juntas para producir en beneficio de la nación.

Me quedé sorprendido y estuve a punto de preguntarle cómo pudo sentirse atraído por la ideología fascista. Pero Méndez Arceo siguió hablando sin interrupción.

–No obstante, pronto vi que había un abismo entre el ideal y la práctica que observé en Italia. Mussolini pervirtió la idea de la cooperación. Los trabajadores no tenían ningún derecho y los capitalistas conservaban todas las ganancias. Era una cooperación forzada de muchos en beneficio de unos pocos.

–¿Leyó alguna obra de Marx?

–No en Roma. Más tarde, cuando volví a México. Leí muchos libros, incluidos los de marxistas mexicanos. Pero lo que más importancia tuvo en mi pensamiento político fue la experiencia del trabajo con los pobres, los indios, los obreros, los campesinos. Ésa es la gran escuela de la vida.

Cuando aterrizamos, un miembro de la organización de refugiados nos recibió y nos llevó a un hotel.

A la mañana siguiente, empezamos nuestra ronda de entrevistas en los campos de refugiados. Los relatos eran todos brutales y terribles: campesinos pobres que escapaban de los crueles ataques de militares entrenados por los gringos; muchachas jóvenes violadas delante de sus pa-

dres; padres destripados frente a sus hijos; madres embarazadas a las que se les abrían las entrañas «para impedir el nacimiento de futuros guerrilleros»; líderes comunitarios, miembros de las cooperativas locales, activistas religiosos, todos ellos campesinos que intentaban mejorar su suerte, asesinados por obstinarse en labrar un terreno del tamaño de una estampilla de correos para alimentar a sus familias.

Al final de la jornada, nos sentamos y pusimos en orden nuestras anotaciones. Me parecía asombroso hasta qué punto la religiosidad popular era una poderosa corriente subterránea que motivaba al campesinado a la acción social. Un indio sin tierra y con las ideas muy claras, a quien empecé a preguntarle sobre el sistema de propiedad, le dio la vuelta a la tortilla y me entrevistó a mí:

–¿No es verdad –me preguntó– que Dios nos hizo iguales, a su imagen y semejanza?

Vacilé antes de contestar. Soy un descreído.

–Sí.

–Entonces, ¿por qué unos propietarios tienen toda la tierra y nosotros nada?

Cuando se lo conté a Méndez Arceo, se rió.

–Antes de que nos vayamos de aquí, los campesinos lo van a convertir a usted al cristianismo.

Además de entrevistar campesinos, hablamos con líderes de los derechos humanos. El confinamiento restrictivo de los refugiados provocaba tensiones. No podían trabajar ni tampoco salir de los campos.

Méndez Arceo concertó una serie de reuniones con altos funcionarios de la iglesia y del gobierno.

Primero, nos encontramos con el arzobispo en San José. Méndez Arceo era muy diplomático, pero firme a la hora de exigir mayor participación de la iglesia costarri-

cense en el apoyo a los refugiados. Habló de compasión y de solidaridad. El arzobispo asintió con la cabeza, escuchó, expresó su simpatía, habló de su preocupación por la violencia y luego miró el reloj. Al despedirse, nos aseguró que se ocuparía del asunto, que compartía nuestra preocupación. Salimos del edificio a un patio colonial con árboles floridos y fuentes cantarinas.

Méndez Arceo no dijo nada.

Cuando llegamos a la calle, sin dejar de mirar al frente, su voz poderosa retumbó:

–Hipócrita. No hará nada. No ha estado nunca en los campamentos de refugiados, no sabe lo que es enlodarse los zapatos.

Aquella tarde teníamos una reunión con el Vicepresidente de Costa Rica en su despacho. Fue razonablemente puntual y vino con varios ayudantes y secretarios. Nos dio una amistosa bienvenida y Méndez Arceo lo puso al tanto de la naturaleza de nuestra misión, la propuesta de un tribunal de los derechos humanos y los problemas de los refugiados en los campos.

–Terrible –el Vicepresidente puso los ojos en blanco–. Somos una isla de democracia en un mar de violencia. – Luego, expresó su preocupación por «el sufrido pueblo de El Salvador, con una historia tan violenta, a diferencia de nuestras tradiciones democráticas». Hizo una pausa–. Somos los europeos de Centroamérica, ya lo sabe usted. –Me miró para asegurarse de que yo había entendido la distinción racial y continuó con su exposición sobre las virtudes democráticas costarricenses y su inquietud por que la violencia no se extendiese a Costa Rica–: Somos neutrales en sus guerras civiles, pero eso no significa que seamos indiferentes a la grave situación de los refugiados. Voy a en-

viar a un representante personal para que hable con la Cruz Roja de Costa Rica. Puede estar seguro de ello.

Miró su reloj.

–Caballeros, gracias por su amable visita y déjenme asegurarles que comparto sus desvelos por la violencia.

Se levantó, nos levantamos, le dimos la mano y nos fuimos.

Al salir del Palacio del Gobierno, me volví hacia Méndez Arceo.

–¿Qué le parece?

–Otro hipócrita. Es la enfermedad crónica de los costarricenses opulentos.

Reiniciamos las entrevistas a los refugiados en un gran almacén. Cientos de familias que dormían en el suelo, gritos de bebés, el olor fétido del sudor y la suciedad, de gente pobre apiñada en una tierra ajena, tan lejos de su hogar, tan distantes de los arroyos y árboles en flor y de la retórica de los notables costarricenses, pero también temporalmente a salvo del napalm suministrado por los gringos y de los rifles automáticos.

–¿En qué piensa? –le pregunté a un campesino.

–Me pregunto qué pasó con mis gallinas y mis cerdos. Es que nos escapamos con tanta prisa cuando oímos los helicópteros que volaban sobre las montañas...

Varios meses después, el Tribunal contra la represión en El Salvador inició sus sesiones. Nuestro informe sirvió como acusación. Citamos a testigos, viudas y huérfanos, campesinos y monjas, y también a los líderes de la democracia cristiana y del Ministerio estadounidense de Asuntos Exteriores. Un vocero demócratacristiano apareció.

–Nuestra posición es difícil, entre los dos extremos de la violencia, los terroristas de izquierda y de derecha. Condenamos la violencia en ambos lados.

Repitió la misma letanía durante unos quince minutos. Los miembros del Tribunal le preguntaron sobre los generales con quienes colaboraban, autores de la política de tierras arrasadas. Sus respuestas fueron evasivas.

–La situación es complicada.

Entonces, Méndez Arceo se acercó al testigo con el majestuoso poderío de un hombre de verdad.

–Ustedes no son ni cristianos ni demócratas, sino cómplices de un asesinato de masas.

Años más tarde, volví a encontrarme con él después de su jubilación, cuando me invitó a su modesta casa en Cuernavaca, y anduvimos entre los arbustos y las mariposas de la Ciudad de las Flores. Y hablamos. Me dijo que se iba a España a participar en una manifestación contraria al V Centenario del descubrimiento de América.

–Quinientos años de resistencia, ¿no le parece, Petras?
Le brillaban los ojos.

Índice

Neruda en Colombia

Nos detuvimos un rato en *Peña de los Parra*, un agradable bar que regentaba Violeta Parra y su familia en la calle del Carmen. Años después, periodistas y sociólogos lo transformarían en «un legendario lugar de encuentro de escritores y artistas» de un Santiago más bien serio. Durante los años sesenta, salvo los fines de semana en que solía estar atestado, era un lugar tranquilo y barato para hablar con los amigos al calor de un canelazo y un plato de empanadas.

Una noche, nos citamos con el escritor y anarquista chileno Manuel Rojas. Mientras charlábamos, Violeta tocó la guitarra y cantó con una voz áspera y quejumbrosa: «Sólo el amor, con su ciencia, nos hace tan inocentes...».

Mientras bebíamos, le pregunté a Manuel lo que pensaba de Pablo Neruda. Se rió:

–Es un poeta de los grandes, pero políticamente hablamos en idiomas distintos. Hay que reconocer que es muy influyente entre los intelectuales y que tiene muy buena llegada entre la gente de base, y no de Chile no más, sino de toda América Latina.

–Eso es algo insólito.

–Pero es cierto. Déjeme contarle una historia, James, puede que no sea de verdad... pero de todas maneras podría haber pasado. Así como me la contaron, «Pablo estaba en Colombia, donde lo tenían invitado a dar una serie de conferencias. Iba en un bus. Una tarde, pasaban por un camino rural en una parte muy tupida de la selva cuando

un grupo de campesinos paró la máquina. Estaban armados con machetes y unos cuantos rifles. Hicieron bajarse a todos los pasajeros. Uno de los asaltantes se fijó en la corpulencia de Neruda y se le acercó.

»–Usted, ¿cómo se llama usted?

»–Neruda, Pablo Neruda... –respondió con nerviosismo.

»Los ojos del campesino mostraron sorpresa.

»–¿Tiene algo que ver con el poeta chileno?

»Pablo se tranquilizó. Por un momento, miró los machetes, que brillaban bajo el sol poniente.

»–Bueno, yo soy chileno y escribo poesía.

»El rostro del campesino se iluminó con una sonrisa.

»–Qué oportunidad. Me encantaría que fuera usted nuestro invitado esta noche. Y, si es posible, nos gustaría escuchar algunos de sus poemas.

»Pablo esbozó una leve sonrisa.

»–Cómo no, si ustedes quieren..., pero ¿cómo voy a llegar a Bogotá?

»–Le encontraremos otro bus, no se preocupe... y, si hace falta, lo expropiaremos.

»Pablo siguió a los campesinos al interior de la selva, mientras el guerrillero hablaba brevemente con el chófer.

»–Esperarán.

»Aquella noche comieron pollo asado y aguardiente y Pablo fue el huésped de honor, en el centro de una larga mesa.

»Hacía calor y transpiraba. Miró la plaza improvisada. Estaba llena a rebosar. Familias enteras, madres que amamantaban a sus bebés, abuelas con caras cansadas, adolescentes y, desde luego, campesinos y campesinas llegados con su ropa de trabajo. Sólo unos cuantos habían tenido tiempo para ponerse camisas blancas y blusas.

»Allí, bajo una ampolleta desnuda que colgaba sobre una plataforma improvisada, Pablo fue presentado como "el famoso poeta chileno que ha venido a Colombia a recitar sus poesías y ha tenido a bien estar con nosotros esta noche".

»Pablo alzó ligeramente las cejas. Luego, observó el mar de rostros. La plaza del pueblo estaba a reventar... las caras se confundían con la penumbra... eran los indios explotados sobre los que él había escrito.

»Empezó a recitar de memoria. Su voz resonaba en la oscuridad con una cadencia armoniosa. La masa de gente escuchaba con atención, caras quemadas, frentes que brillaban en la noche. Pablo recitó *Alturas de Machu Pichu*:

Mírame desde el fondo de la tierra,
labrador, tejedor, pastor callado:
domador de guanacos tutelares:
albañil del andamio desafiado:
aguador de las lágrimas andinas:
joyero de los dedos machacados:
agricultor temblando en la semilla:...

»Entonces, dudó; su memoria le falló en el silencio de aquel pueblo abandonado en medio de la selva. Su anfitrión, el campesino que había agitado el machete y que detuvo el bus, se levantó y, con voz clara, continuó:

...alfarero en tu greda derramado:
traed la copa de esta nueva vida
vuestros viejos dolores enterrados.
Mostradme vuestra sangre y
vuestro surco,
decidme: aquí fui castigado,

porque la joya no brilló o la tierra
no entregó a tiempo
la piedra o el grano:
señaladme la piedra en que caísteis
y la madera en que os crucificaron...

»Pablo rió satisfecho, aliviado. Se abrazaron.

»A la mañana siguiente, subió al bus y miró por la
ventanilla. Sonreían, diciéndole adiós.

»-Adiós, compañeros -murmuró.

»El motor arrancó.»

Índice

El Perú en los tiempos del cáncer

El microbús llegó por fin y la muchedumbre empezó a empujar para subir.

La mujer agarró a su hija del brazo y la levantó en vilo hasta el interior, vio un asiento en la parte de atrás y se hizo con él justo antes de que lo ocupara un vendedor ambulante que arrastraba sus mercaderías.

–Siéntate –dijo con voz tranquila.

La niña se acomodó y miró hacia adelante.

–¿Estás mejor, hijita? –le preguntó la madre. Un deje de ansiedad cruzó su rostro mientras la miraba fijamente a los ojos.

–Todavía me duele aquí –susurró la pequeña.

–No te preocupes, hijita, los doctores te darán algo para curarte y se te quitará el dolor.

La madre era una mujer de baja estatura, rechoncha, de brazos fuertes y una cara enmarcada de pelo negro peinado con una trenza en la nuca. Al igual que la mayor parte de las mujeres de aquel barrio, se ocupaba en solitario de su familia. Había dejado todo dispuesto. Su hermana iba a buscar a los chicos a la escuela y su hermano iba a decirle a la señora Gladys que llegaría un poco tarde para hacer las faenas de la casa. Miró los grandes ojos oscuros de su hija, asustados por el dolor continuo. Una semana antes, habían ido a hacer las radiografías y otras pruebas y hoy les daban los resultados. Esperaba que fuesen buenos. Su mente andaba a la deriva. La noche anterior, un vecino

que se había quedado sin plata les dio a sus hijos la comida de las gallinas y les provocó una diarrea grave.

–Es mejor pasar hambre –musitó.

Su hija alzó la vista.

–¿Qué dijiste, mamita?

–Estaba pensando en la comida.

–¿Tienes hambre?

–No –respondió, y cambió de conversación–. Estaba pensando en comprarte un regalo cuando te mejores –forzó una sonrisa y pensó–: «No vale la pena decirle que estoy preocupada por la plata que pierdo mientras la llevo al hospital y que no sé de dónde sacaré para la cena. Se sentiría peor.»

Una hora más tarde, se bajaron del microbús. La madre llevó a su hija de la mano hasta un gran edificio de cemento. Se allegaron por un pasillo hasta un escritorio donde una enfermera les dio un número. Había ya docenas de personas haciendo cola. Unos tosían y algunas de las madres amamantaban a sus bebés. Un niño lloraba sin cesar. Esperaron frente a las paredes sucias de color verde. El olor fétido de los cuerpos sin lavar corrompía el aire. Su prima María le había dicho una vez: «Si usted no está enferma cuando entra en el hospital, seguro que lo estará cuando salga». Sonrió. Su prima no se mordía nunca la lengua. Se acordó de aquella vez en que el sindicato de lavanderas organizó un mitin popular e invitó a algunos políticos. Cuando llegaron pavoneándose y se dirigían a la tarima con los oídos preparados para escuchar los aplausos, su prima María les dijo que se sentaran entre el público y escucharan las exigencias de las lavanderas.

«Ay, los doctores nos dicen de estar aquí a las siete y luego no nos atienden hasta las diez o las once, si tenemos suerte», pensó.

Resguardó la boca de su hija con la mantika, para protegerla de los gérmenes que vomitaban con la tos a su alrededor. Era casi el mediodía cuando entraron por fin en el consultorio.

–Un día de trabajo perdido –dijo la madre.

Había dos doctores sentados detrás de un montón de carpetas. Un calendario amarillento del año anterior colgaba de la pared. Uno de ellos la saludó con indiferencia y señaló dos sillas. No le hizo preguntas a la niña. Miró apresuradamente el historial mientras movía la cabeza de un lado para otro.

La madre le preguntó:

–¿Es grave?

–Sí –contestó–. Le voy a recetar unos analgésicos que le aliviarán el dolor.

La mujer tomó la receta garabateada y la enfermera llamó al siguiente enfermo. La visita había durado menos de cinco minutos. Con su hija de la mano avanzó por el sucio vestíbulo, atestado de hombres que tosían, bebés que gritaban, madres pálidas, lisiados. De golpe, se paró, se dio la vuelta y regresó al consultorio.

–No puedes pasar, ya te visitaron. El doctor está ocupado con otros pacientes. No puedes volver.

La enfermera gritó mientras intentaba detenerla. Pero ella era demasiado fuerte y la apartó a un lado. Los demás la observaban. Alguien le gritó que se pusiera en la cola. Su hija la siguió. Irrumpió en el consultorio y lo miró directamente a la cara.

–Doctor, ¿estas pastillas curarán a mi hija?

–No, tu hija está muy enferma. Tiene cáncer. Se va a morir. Las pastillas le aliviarán el dolor.

Le arrojó la receta.

–No puedo permitirme gastar plata en medicinas inútiles cuando la necesito para dar de comer a mis otros hijos.

Salió con la pequeña de la mano y se dirigieron a la parada del microbús.

–Mamita, ¿me comprarás un regalo cuándo me ponga bien?

Le devolvió la mirada con los labios apretados.

Más tarde, en la cafetería del personal, durante el almuerzo, los doctores comentaban las anécdotas de la mañana y discutían sobre la próxima huelga contra los recortes del gobierno en el presupuesto sanitario.

El médico contó la historia de la madre que había irrumpido en su oficina. Uno de sus colegas desvió por un instante la mirada del periódico.

–Las tragedias de la vida cotidiana –dijo. Siguió leyendo. Luego, alzó la vista otra vez–: Las escucha y las ve uno a diario.

–Sabes, cuando entró la primera vez, la madre era muy dócil y respetuosa. Pero la segunda vez pensé que iba a matarme con sus propias manos. Estaba furiosa. Intenté decirle que no era culpa mía.

Su colega lo miró.

–Somos más fáciles de agarrar que los ministros o los jefes. Al fin y al cabo, nuestro cuello es más flaco y abrimos las puertas.

Índice

De las minas de estaño en Bolivia a las cafeterías de Cambridge

Los mineros con más conciencia de clase proletaria eran bolivianos. Los portavoces con más conciencia de clase capitalista eran profesores de economía en Harvard. Fueron estos últimos quienes ganaron aquel enfrentamiento, pero no con la razón y la lógica, sino con la fuerza. La economía de libre mercado surge del cañón de un arma de fuego, y ello incluso si los muchachos de Harvard se encuentran a una distancia bastante considerable del campo de batalla, en los cómodos despachos de sus institutos de economía internacional. Cordiales o abrasivos, condescendientes o intratables según con quién estén tratando, proporcionaron el lustre intelectual al tiroteo contra decenas de miles de mineros del estaño en Bolivia.

El *Times* lo explicó así: «El ejército boliviano entró ayer en los campamentos mineros para hacer cumplir el cierre de las improductivas y extremadamente ineficaces minas de estaño. Siguiendo las recomendaciones de un consejo asesor internacional dirigido por el renombrado profesor de Harvard Jeffrey Sackemall, el gobierno boliviano decidió cerrar las minas estatales subvencionadas y plagadas de deudas, a pesar de las objeciones violentas de los líderes marxistas».

El gobierno ofreció una indemnización por despido y gastos de desplazamiento a quienes aceptaran la decisión. Los consejeros se opusieron, objetando que, en vez de in-

demnizar a los mineros, sería más rentable utilizar los fondos públicos para promover nuevos proyectos empresariales privados.

Buena parte de los mineros se dedicaron a actividades privadas y, en muchos casos, con éxito. Compraron tierras y empezaron a cultivar coca para el mercado internacional. Algunos incluso comenzaron a procesar las hojas y a convertirlas en pasta, lo cual aumentó el valor añadido que permanecía en Bolivia. Los ingresos generados por estos antiguos mineros convertidos en empresarios y por sus familias quintuplicaron la economía del país.

He aquí otro éxito que Jeffrey hubiera podido incluir en su currículum, pero es curioso que este universitario, tan eficaz a la hora de promocionarse, se negó con modestia a aceptar crédito alguno por el auge de unas exportaciones tan poco tradicionales como la coca. Quién sabe si esa modestia recién descubierta se debió al aumento del consumo de drogas en los suburbios obreros de Cambridge o a que estaba ocupado con otros lucrativos contratos de asesoramiento.

Fui a Bolivia y visité los pueblos abandonados de mineros, con sus horribles cúmulos grises bajo el cielo azul. Unos pocos mineros independientes escarbaban entre las minas abandonadas, en busca de quién sabe qué. Desde las alturas, un cóndor observaba en silencio las montañas y los valles desolados. Se me vino entonces a la memoria una visita anterior, cuando un cuarto de siglo antes el sindicato de mineros me acogió para una charla sobre la guerra del Vietnam. Recordé las intensas discusiones que se habían prolongado hasta bien entrada la noche y la invitación a dormir sobre una hamaca en la humilde casa de uno de los sindicalistas. La conversación sólo tocó a su fin cuando sonó la sirena que llamaba a los trabajadores para

el turno de noche. A más de 15.000 kilómetros de los Estados Unidos, estábamos hablando del Black Power, de Martin Luther King, de la ofensiva Tet en el Vietnam. Los mineros recogieron sus fiambreras con el almuerzo, se pusieron las botas y se dirigieron a la mina.

Al día siguiente, obtuve el permiso para bajar a la mina. Me introduje en una chirriante jaula metálica y descendí varios centenares de metros hasta un vagón en las profundidades débilmente iluminadas. Los troncos de entibación de las galerías estaban podridos y un goteo continuo de agua me resbalaba por el cuello. Las lucecitas de los cascos se movían en la oscuridad, olía a gas. Anduve a lo largo de un camino fangoso junto a un líder sindical, que sirvió de guía. Oí toses. Caras indias, ojos negros que escrutaban detenidamente la oscuridad, martillos neumáticos que golpeaban las paredes. Seguimos adelante. Estaba empapado, pues el aire húmedo y caliente penetró mi ropa. Me agaché para entrar en una cavidad donde trabajaban dos mineros. Uno estaba tendido de espaldas y con los pies contra la pared, con el martillo neumático apoyado en su pecho. Trabajaba con pantalones cortos y tenía el cuerpo cubierto de polvo. Levantó la vista cuando entré en el paso que había frente a la cavidad donde trabajaba.

–Trabajo duro, ¿eh? –le dije–. Incluso si las minas son del estado sigue siendo duro.

Me miró. El martillo descansaba sobre su pecho.

–Esto es público sólo de boquilla, porque son los burócratas y tecnócratas quienes controlan las minas. Tienen buenos salarios y casas agradables y se pagan a sí mismos grandes bonificaciones. Pero nunca invierten plata aquí. Por eso tenemos que cavar en estos sitios lejanos. Ésta es su empresa, no la nuestra.

–¿Y qué me dice de los beneficios? –le pregunté.

–Los beneficios no se obtienen de la extracción. Los beneficios están en la fusión y en el tratamiento, que se hace fuera del país.

–¿No se puede hacer aquí?–pregunté.

–Desde luego –dijo–. Los rusos ofrecieron financiar una fundición. Pero el gobierno cedió ante la presión de los Estados Unidos y la rechazó. Así que nosotros extraemos el estaño y luego se envía por barco al extranjero. Por eso somos pobres y los países imperialistas son ricos.

Allí, enterrado en la oscura y húmeda cavidad de una mina, un indio casi desnudo me explicó el comercio internacional con una claridad que eludía el parlanchín profesor de Harvard.

–¿Qué hace usted? –me preguntó.

–Escribo para periódicos izquierdistas.

–¿Va a escribir sobre nuestra lucha?

–Sí. ¿Quiere que le envíe un ejemplar de lo que escriba? –Le tendí mi cuaderno y mi pluma–. ¿Puede darme su nombre y dirección?

Mantuvo las manos sobre el martillo neumático y me lanzó una mirada grave.

–Usted, escriba, y luego envíelo a la oficina central del sindicato. Me llamo Vladimiro Ramírez.

Conforme nos alejábamos, oí que el martillo mecánico volvía a repicar. Media hora más tarde salimos de la mina. Aquella noche empecé a toser. La tos me duró una semana. Fui a un doctor creyendo que estaba tuberculoso.

–Es sólo una bronquitis, vaya a un lugar seco y caliente y beba muchos líquidos.

Varios meses después, estaba yo sentado en una cafetería de Harvard Square cuando apareció Jeffrey y se sentó

a la mesa de al lado con varios estudiantes. Hablaban de las ventajas del tratamiento de choque económico.

Pagué mi café y me acerqué a su mesa. Jeffrey levantó la vista sin parar de hablar.

–Aquí tienes, Jeffrey. Es la factura de Bolivia.

Leyó lo que le había escrito en la servilleta: «250 familias de mineros ganan menos que Jeffrey Sackemall en un año».

Me alejé.

Jeffrey no hizo caso del papel y siguió hablando a sus embelesados estudiantes.

Pasé junto a boutiques de lujo, cafeterías chic, estudiantes vestidos a la última moda y profesores presumidos que paseaban bajo los viejos robles, con sus carteras en la mano.

«Cambridge es una ciudad encantadora», pensé mientras me acercaba a un pequeño grupo de músicos latinos callejeros, que tocaban la flauta. «Incluso tiene sus propios bolivianos».

Índice

Un doctor meticoloso

Horacio Biderman se graduó de médico ya cincuentón, tras haber trabajado durante mucho tiempo como enfermero, y a los setenta y cinco años seguía ejerciendo la medicina en un hospital de la ciudad de Rosario. Había vivido con su madre hasta que ésta murió casi centenaria, lo cual no disminuyó su dolor.

Era un hombre meticoloso: se levantaba todas las mañanas a las seis, sacaba al perro a pasear, daba de comer al gato y luego desayunaba café con leche y tostadas con manteca. Después, iba al consultorio en colectivo y llegaba unos minutos antes del cambio de turno de las siete y media, nunca con retraso. Si había huelga de transporte, se desplazaba en bicicleta y salía de su casa unos minutos más temprano que de costumbre.

Sólo una vez sí llegó tarde: un pasajero del colectivo sufrió un ataque cardíaco y Biderman lo atendió hasta que llegó la ambulancia, de manera que su jornada de trabajo real se inició una hora antes de lo habitual, si bien técnicamente, en el hospital, se retrasó.

Los pasillos que recorría hasta su despacho solían estar repletos de pacientes: toses, gritos y rostros silenciosos. Biderman los saludaba con cordialidad, pero sin mostrar efusión. Después, ya en plena consulta, comenzaba el interrogatorio enumerando las dolencias, escuchaba con detenimiento, se dirigía a los especialistas a la menor vacilación, pedía análisis precisos y leía cuidadosamente los diagnósticos del patólogo. Siempre fue así: metódico,

modesto, frío, reflexivo. Durante años, cuando era enfermero y sobre todo en los turnos de noche, ya se distinguía por controlar a los enfermos a la hora exacta –ni un minuto antes ni uno después– y por responder con celeridad cualquier pregunta que le planteasen.

De haber vivido en otra época habría sido médico de cabecera de barrio. Pero ahora trabajaba a sueldo en un hospital. No apuraba a los pacientes para terminar con rapidez y poder irse a un segundo o tercer trabajo: aquél era el único que tenía y deseaba estar seguro de todo, tratar bien a su clientela. Algunos de sus colegas cuchicheaban que era tan parsimonioso por falta de conocimientos, lo que lo obligaba a consultar a cada rato en los libros las dudas que lo asaltaban. Decían, en suma, que era un curandero de segunda. Pero las malas lenguas eran casi siempre de médicos algo molestos al ver que él no tenía prisa, mientras que ellos ejercían un frenético pluriempleo volando de un lado para otro en sus Peugeot último modelo. Sin embargo, no faltaban quienes habían comprendido que Biderman era sólo un doctor chapado a la antigua, tranquilo, competente y concienzudo.

Era solterón, así que sus colegas nunca lo invitaban a sus casas. En la fiesta de año nuevo sólo tomaba *ginger ale* y comía rápidamente con sus conocidos más antiguos y con las enfermeras de siempre, algunas de las cuales comentaban que tal vez fuese homosexual, ya que nunca lo habían visto flirtear con una mujer (al menos no con ellas) y sólo parecía preocuparse de regresar a casa para cuidar a su madre. Lo que no sabían es que Biderman se consolaba discretamente una vez al mes con una viuda en un respetable bulín.

Los domingos por la mañana iba en bicicleta al mercado retro de la Avenida del Valle, esquina Rodríguez, lugar

de reunión de comerciantes y coleccionistas de estampillas y monedas. Su hobby era coleccionar pesos argentinos del siglo XIX, que clasificaba por fecha, calidad («muy finos») y acuñación. Cada semana husmeaba de mesa en mesa, se inclinaba, tomaba una moneda, la examinaba con su lupa y, luego, hacía una oferta si le había gustado. El vendedor generalmente aceptaba, pues ambos se conocían de tantos años que solían coincidir en el valor. Y no es que Biderman se opusiera al regateo, pero prefería ofrecer el precio justo. Ya de regreso, colocaba cada moneda en una funda con tratamiento químico, para que no se deslustrara. Su única extravagancia consistía en comprar semanalmente revistas de numismática.

En vida de su madre, antes de que ésta se quedara postrada en la cama, la llevaba cada domingo al río Paraná y después al restaurante. En el verano alquilaba un apartamento frente al mar, cerca de Montevideo, y por la noche, después de la cena, iban a pasear a la plaza, donde ella le contaba anécdotas de su juventud en Odessa.

En 1989, cuando la inflación alcanzó en Argentina la cifra escalofriante del doscientos por 100 mensual y los salarios se despeñaron, Biderman participó en una huelga. Nunca antes había asistido a un mitin sindical, ya que no le gustaba perder el tiempo en reuniones, si bien pagaba religiosamente las cuotas y se solidarizaba con sus compañeros.

Traía su almuerzo de casa, pero comía con sus colegas en la cafetería, mientras escuchaba sus bromas, sin participar en ellas. Siempre fue cortés con las secretarias cuando les pedía o les entregaba las historias clínicas y jamás levantó la voz, incluso cuando las auxiliares no vaciaban su papelera.

Un año después de las elecciones presidenciales, el nuevo régimen anunció «ajustes estructurales» y la «modernización de los servicios sanitarios». Biderman no pudo dejar de escuchar las acaloradas discusiones que siguieron entre los médicos, ni tampoco soslayar los aprensivos rumores entre el personal. «Van a hacer recortes», se decía. Pero la presencia de un nuevo director médico en el hospital –un burócrata peronista, por más señas– le hizo tomar en serio la discusión: fue citado, junto con los demás facultativos, para lo que se les dijo que era un «intercambio de ideas» sobre los nuevos criterios de eficiencia. En realidad, la reunión fue un monólogo del director, en el que éste fijó un límite para cada visita: un paciente cada ocho minutos. A Biderman lo ofuscó la actitud abrupta que mostraba. La afabilidad de su predecesor –que sí era médico– había desaparecido. No se pudo contener:

–Pero algunos pacientes tienen enfermedades complejas, que requieren su tiempo para el diagnóstico, para explicarles el tratamiento o el régimen de convalecencia...

El director lo interrumpió sin contemplaciones:

–Mándeles una carta si quiere, pero hágalo en su tiempo libre, porque nosotros tenemos un presupuesto limitado. –garabateó algo en su cuaderno y los mandó de vuelta al trabajo.

Así comenzó todo; cada semana, el director pasaba por el consultorio de Biderman y le recalca que su producción por hora estaba muy por debajo de la esperada. Por fin, un día entró sin pedir permiso y se sentó a observar con un reloj en la mano mientras Biderman atendía a una paciente. Una vez solos, con voz poco amistosa, le dijo que se olvidara de la verborrea familiar.

–Esto no es el mercado y usted no es un pariente de los enfermos.

Biderman enrojeció:

–Está usted hablando de una mujer con cáncer terminal, cáncer de mama...

El otro se dio la vuelta y salió dando un portazo.

Pocos días antes de morir, en el hospital, su madre le murmuró al oído:

–Ese tipo es una víbora, Horacito, me ha dicho una enfermera que pertenece a las Centurias Negras. Tené cuidado. ¡Defendete!

Biderman trató de calmarla, pero se quedó preocupado. Siempre tomaba en serio los consejos de su madre. Sonrió y le dio unas palmaditas en la frente:

–Calmate, vieja. Todo va a salir bien. Acordate que no estamos en Odessa, esto es Rosario.

La tarde que falleció su madre, a Biderman no le apeteció regresar enseguida a casa. Fue a un bar cercano al hospital, pidió un *ginger ale* y observó al personal hospitalario que entraba allí ruidosamente para tomarse un trago y charlar.

Con la nueva situación el ambiente cambió en el hospital. La gente corría para hacer el mismo trabajo que antes, sólo que con más repeticiones. Nadie confiaba en nadie. Las denuncias sustituyeron a la solidaridad. Los cirujanos usaban ropa quirúrgica sucia, los médicos vaciaban sus propios cubos de material desechable y tenían que lavar sus guantes de látex y utilizarlos de nuevo, mientras que las enfermeras empujaban camillas y vaciaban las cuñas. El director médico se ceñía al presupuesto del nuevo código neoliberal.

Uno de los colegas más antiguos de Biderman le dijo que se iba, que había aceptado una jubilación anticipada.

–¿Y vos, Biderman, por qué no abandonás el carro de una vez? El director te tiene entre ceja y ceja.

–¿Y qué voy a hacer, quedarme en casa o ir al café y jugar al dominó todo el día? No puedo abandonar a mis pacientes –dijo sin pasión alguna–. En todo caso, si me voy será después de que se vaya el director y cuando llegue el momento.

El otro pareció sorprendido. Se encogió de hombros.

–Es tu vida o la suya.

Biderman se quedó pensativo:

–Sí, supongo que tenés razón.

La semana después de la jubilación de su colega, el director convocó a Biderman a su despacho. Le ordenó que se sentara y sacó una carpeta.

–Su productividad es muy inferior a la del resto. Puede que sea su edad o los métodos anticuados que sigue utilizando, pero usted se resiste deliberadamente a la modernización. ¿Por qué se opone, es su desquite contra el plan del gobierno para llevarnos al Primer Mundo?

Biderman no estaba dispuesto a aceptar provocaciones.

–No –respondió secamente.

El director escupió sus palabras:

–Biderman no es un apellido argentino, ¿no?

El viejo doctor respondió sin mostrar emoción:

–Pues lo soy, eso dice mi DNI.

–Se equivocaron.

Biderman lo miró a los ojos.

–Nací en la Argentina, trabajo en la Argentina y moriré en la Argentina... ¿qué más quiere? –Hizo una pausa y agregó– Pero a veces soy ruso. Judío.

–O es usted judío o argentino.

–Soy argentino, pero cuando me enfrento a un antisemita soy judío...

Hubo un silencio. El director se mordió el labio y le mostró la puerta.

Biderman salió y regresó a su consultorio.

Al día siguiente, cuando llegó al hospital, el director del personal le entregó una nota de despido, en la que se lo acusaba de maltratar a los pacientes, de no respetar las normativas, de tener un consultorio insalubre y de hostilidad hacia el personal administrativo. Cabizbajo, avanzó por el pasillo. Una paciente lo saludó.

–Hola, doctor. Le traje a mi beba porque me parece que se resfrió. ¿Puede verla?

Él sonrió y siguió su camino.

Volvió a casa en colectivo, que a media mañana iba casi vacío. El sol se desparramaba por las ventanillas y su luz se reflejaba en las verduras y en las bolsas de las pocas amas de casa que venían del mercado.

Se bajó en la parada y anduvo una cuadra y llegó a su casa. El perro alzó la cabeza y meneó la cola. Biderman fue a su dormitorio, miró una vieja fotografía en la que estaba con su madre, abrió el cajón del escritorio y sacó la pistola. Tomó de nuevo el colectivo para regresar al hospital. Fue directo hacia el despacho del director y entró en la antesala, donde secretarías y oficinistas correteaban de un lado para otro. Cruzó sin vacilar y abrió la puerta del fondo. El director alzó los ojos en el mismo instante en que una bala se le colaba por el entrecejo.

Al salir, Biderman se dirigió a los empleados, todavía aturcidos por el estampido de la detonación:

–Ya no tienen director.

Fue al bar, pidió un *ginger ale* y esperó la llegada de la policía.

Los periódicos describieron al funcionario asesinado como un hombre de 42 años, casado y con dos hijos, un administrador de buen trato y altamente profesional.

Los colegas de Biderman hablaron muy bien de él: era un médico cordial, tranquilo y experimentado. Sus pacientes dijeron que era un hombre atento y humanitario. El mesero del bar no salía de su asombro en el noticiero de la noche. Un periódico mencionó que se había graduado bastante tarde y que antes fue enfermero durante muchos años.

Índice

Justicia popular

El Ejército Nacional de Liberación (ENL) era un pequeño grupo guerrillero que actuaba en la sierra peruana. Formado sobre todo por intelectuales urbanos y estudiantes, logró alcanzar cierto grado de influencia durante un breve tiempo en algunas regiones montañosas, en particular donde predominaban los grandes latifundios. Sven Carlsen, un cineasta sueco simpatizante de la guerrilla se encontraba entonces en Perú filmando el conflicto y logró captar una dramática confrontación entre varios campesinos y el propietario de una de las haciendas más importantes de la región. Conocí a Sven en Estocolmo y me invitó a un pase privado de su película, que más tarde aparecería en la televisión sueca.

La cinta empezaba con los guerrilleros invadiendo el latifundio, capturando al propietario y convocando una reunión con los trabajadores rurales y los campesinos empleados en las tierras. Era claramente un intento de los guerrilleros para atraerlos a su causa, una «toma de conciencia».

Un líder guerrillero inició la reunión dando la bienvenida.

–Esto ha sido el principio del fin del latifundio. La guerrilla, junto con los campesinos, expropiará las tierras.

Esperaba aplausos, pero no hubo ninguno. Los campesinos lo miraban sin emoción. Unos estaban perplejos, otros ansiosos, dando ojeadas de un lado a otro, como para ver si alguien escuchaba u observaba la reunión.

El líder guerrillero pasó a denunciar «el sistema de los propietarios, sus vínculos con el imperialismo, el sistema capitalista mundial y la necesidad de una revolución socialista». Los campesinos escuchaban sin pestañear.

De repente, el guerrillero calló y se dio la vuelta hacia el propietario, que estaba en pie tras él.

–Y este explotador miserable que vive de la sangre y del sudor de todos ustedes y de sus padres y de sus hijos, ¿qué hacemos con él?

Nadie dijo nada. Una ráfaga de brisa levantó algún polvo y lo lanzó sobre el orador. Se lo sacudió rápidamente y repitió la pregunta.

–¿Qué hacemos con él? ¿Juzgarlo?

El silencio era espeso. Algunos campesinos pasaron a apoyarse sobre el otro pie. Unos pocos lanzaban cautelosas miradas a sus vecinos. El guerrillero empujó hacia delante al desgreñado propietario.

–¿Deberíamos dejarlo libre para que se siga enriqueciendo mientras que los hijos de ustedes pasan hambre?

Se estaba poniendo un poco nervioso. Inseguro de cómo continuar, dejó de hablar, se quedó inmóvil y esperó.

Nadie abrió la boca.

Sus ojos exploraron la enorme reunión de varios cientos de campesinos indios. Él y el propietario eran los únicos que tenían rasgos europeos. Miró directamente a los ojos a algunos de los más jóvenes, como animándolos a hablar.

Años atrás, tras una rebelión de campesinos, había habido terribles matanzas en la zona. Familias enteras fueron expulsadas de sus casas y sus pueblos quemados.

De improviso, un hombre de frente arrugada gritó desde atrás.

–Hace tres meses que no me paga y me ha negado paja para alimentar a mis animalitos.

Fue un acto de valor. Varias cabezas se dieron la vuelta para mirar al que se había atrevido.

El líder guerrillero dio un paso hacia él.

–Ven aquí y formula tu queja. Nosotros... –se interrumpió– ...ustedes son ahora los responsables. El latifundio ha muerto.

Una débil risa de incredulidad brotó en algunas caras. El propietario, que estaba agachado detrás, habló por primera vez.

–Estoy dispuesto a pagar todos los atrasos.

El líder guerrillero se volvió y le escupió.

–Nosotros somos los jefes ahora y tú no hablas hasta que te lo digamos, ¿entendido?

Lo agarró por la mandíbula y lo empujó hacia atrás.

Nadie rió.

Un joven campesino dio un paso al frente. Sostenía su sombrero con la mano.

–El señor Muñoz, el patrón...

–El antiguo patrón –lo interrumpió el líder guerrillero.

–...el antiguo patrón botó a mi tío y a su familia porque no fue a trabajar cuando estaba enfermo y había ido a la ciudad para las medicinas.

Dejó de hablar y dio un paso atrás.

–¿Qué pasó? –le preguntó el guerrillero.

–Lo obligaron a irse a la ciudad y allí vive como un perro.

Entonces otro campesino dio un paso adelante, con su sombrero sobre su cabeza. Comenzó a hablar en voz baja.

–El señor Muñoz violó a mi hija cuando ella trabajaba en su casa –empezó a elevar la voz–. Y cuando ella le dijo que estaba embarazada, él se rió y le contestó que tenía

suerte, porque así mejoraría la raza –esto último lo gritó prácticamente en quechua.

Hasta aquel momento, los campesinos habían hablado en español, pero conforme crecía el tumulto cambiaron a su lengua habitual.

El líder guerrillero estaba contento, pero confundido. Ahora sólo podía entender al propietario.

Los subtítulos de la película traducían los gritos... muchos campesinos habían empezado a hablar al mismo tiempo para denunciar los abusos sufridos.

De repente, un campesino de poco más de veinte años se acercó al propietario.

–¿Se acuerda usted de cuando yo iba a casarme y usted exigió la primera noche con mi esposa y yo le pedí que la respetara? Usted se rió y yo le ofrecí trabajar para usted los domingos, todas las noches, limpiar sus campos de todas las hierbas antes de dar de comer a mis hijos?

El dueño se puso pálido. Masculló algo ininteligible. Sentía el peligro. Intentó un último alarde. Miró severamente al joven como si fuera a intimidarlo una vez más. Pero éste no parpadeó ni desvió la mirada, sino que lo golpeó en la cara. El patrón se dobló sobre sí mismo. El campesino le dio entonces una patada. Luego, regresó a su lugar y la película llegó a su fin.

–Sven, ¿por qué ese final tan abrupto?

–Porque me dijeron que dejase de filmar y me marchase. El patrón fue juzgado y condenado. Lo mataron a pedradas.

Índice

La lengua del pueblo

En Perú, tras la ola de ocupaciones de tierras por parte de los campesinos a finales de los años cincuenta y sesenta, los setenta fueron escenario de huelgas generales y luchas populares. En 1968, un gobierno militar asumió el poder y aprobó leyes sociales mucho más progresistas que las de cualquier régimen civil anterior o posterior y, al final de la década, la presión popular obligó a los militares a celebrar elecciones libres. Conforme avanzaba la campaña por la presidencia, los grupúsculos izquierdistas, las sectas, las subsectas y algunas personalidades eran lo bastante miopes y políticamente sectarias como para enfrentarse en disputas estúpidas sobre futuros cargos ministeriales y escaños parlamentarios. De aquella torre de Babel surgieron cuatro candidatos enemigos y todo terminó en una fácil victoria para un candidato de la derecha. A pesar de ellos mismos, varios candidatos de la izquierda lograron triunfos electorales en ciudades importantes, incluida Lima, la capital, y en algunos distritos del Congreso.

Los escaños del Congreso, los cargos municipales y la influencia que ejercían sobre los presupuestos nacionales, estatales y locales proporcionaron amplias ocasiones a los líderes de la izquierda para financiar un séquito de seguidores y activistas dispuestos a votarlos en las elecciones. La amplia y profunda bonanza de que gozaron en el gobierno no disminuyó la pasión revolucionaria de los dirigentes más conocidos. Con el tiempo, cambió la marea, se apagó la izquierda y los conservadores llegaron al poder.

El clima político era propicio para eliminar algunas de las reformas económicas concedidas durante el auge de las insurrecciones.

El presidente y sus compinches del Congreso decidieron privatizar las cooperativas estatales y abolir la reforma agraria. Para mostrar su rechazo, la militante Confederación de Campesinos organizó un mitin de protesta nacional en Cuzco. Lo que surgió de aquella reunión tuvo una profunda importancia simbólica, pero poco efecto real sobre la izquierda y todavía menos sobre el gobierno conservador. Por eso merece la pena contarlo.

Se llevó a cabo en las afueras de Cuzco, en una gran explanada que linda con una comunidad rural. Había un estrado y un sistema de sonido para dirigirse a la multitud. Los campesinos llegaron temprano, pero los oradores llegaron tarde. La reunión se retrasó varias horas. A las siete de la tarde había un mar de ponchos y sombreros redondos, familias, maridos y mujeres, algunos niños de pecho. Los periodistas hablaron de más de quince mil personas, sobre todo campesinos indios.

El estrado estaba atestado de oradores, casi todos de Lima. Eran los líderes de la sopa de letras de las organizaciones políticas: la Vanguardia Revolucionaria, el Movimiento de la Izquierda Revolucionaria, el Frente Revolucionario de Campesinos y Trabajadores, tres versiones del maoísmo chino más el albanés, cinco del trotskismo, dos grupos fidelistas y un Partido Comunista prosoviético. Además, había un rebaño de abogados laboristas, consejeros de campesinos y un universitario extraviado. Discutieron sobre a quién le tocaba hablar en primer lugar. Después de acaloradas disputas, se pusieron de acuerdo sin llegar a las manos, pero con una buena dosis de acritud, prueba evidente de que aquélla iba a ser la

última reunión de la «unidad popular». Los discursos empezaron a las ocho. A las diez, el sol era un recuerdo y varios focos iluminaban a los oradores sobre el estrado. El público resultaba apenas visible en la sombra. A las once, los campesinos estaban todavía allí, sólo que ya muchos se habían sentado, acurrucados bajo sus ponchos. Otros parecían dormir, con las cabezas ladeadas. Cuanto menos atento parecía el público, más ardientes eran los discursos. Cuanto más pequeño era el grupo representado por el orador, más grandiosos los cambios que éste proponía. Pasó la medianoche. Una brillante luna llena iluminó las sillas vacías sobre la plataforma. Muchos de los oradores viajaban ya en avión o en tren, camino de Lima. Pero los campesinos seguían allí, como un inmenso mar de silencio.

Fue entonces cuando Hugo Blanco, un líder campesino, se acercó al micrófono y empezó a hablar.

Despacio, de forma espontánea y en orden, los campesinos se levantaron como un solo hombre; padres, hijos, hijas, madres, bebés y niños se frotaron los ojos. Hugo era el primero y el último de los oradores que hablaba en quechua. Conforme desgranaba sus palabras, los aplausos brotaron entre la muchedumbre y se oyeron gritos y ovaciones que respondían a sus consignas revolucionarias. Cuando terminó, los campesinos recogieron sus pertenencias y regresaron a sus casas.

Índice

La edición virtual de este libro, destinado a circular en libertad a través del ciberespacio, llegó a su fin a las 21:35 del 26 de abril de 2004, día de San Isidoro de Sevilla, divulgador de Aristóteles, insigne escritor de las *Etimologías* y, según parece, candidato a santo patrón de internet, lo cual no es sino pura anécdota religiosa para el grupo de descreídos materialistas que desde más de diez ciudades de dos continentes tuvieron el honor de participar por correo electrónico en el proyecto de *La lengua del pueblo*.